

Ángel Samblancat

*A caballo del Ande:
Crónica del Universo
Occidental*



Biblioteca Saavedra Fajardo, 2012



Transcripción y corrección ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro, a partir de Samblancat, Ángel. *A caballo del Ande: Crónica del Universo Occidental*. Toulouse: Páginas Libres, [1940?]



ÍNDICE

EL TORBELLINO DEL MUNDO	6
NOVILUNIO	7
ATADO A LA COLUMNA	8
TIRANTE NUNCA LAXO	9
EL VACÍO BAJO UN CRÁNEO.....	10
INTELIGENCIAS, A LA HUELGA	11
PORDIOSEANTE INOPIA.....	12
MENDICIDAD Y MENDACIDAD	13
GLOSA DE HOJALATA A UNAS PALABRAS DE ORO	14
AFRODITA Y ARES	15
EL ORÁCULO DELFICO	16
LAS OLIMPIADAS	17
EN LOS ALBORES DEL AÑO LECTIVO.....	18
MATEMÁTICA DEL VIVIR	19
HAMBRE AUTODIDÁCTICA	20
LA NOCHE DE LAS TIRANÍAS.....	21
LA MAÑANA DE LAS CONSTITUCIONES	22
CINCO DE FEBRERO AURORAL	23
EL DERECHO PENAL EN EL CANDELERO	24
CRIMINOGENESIS.....	26
TÉCNICA DE LA PENA.....	27
PINEDAS Y RESINARES.....	28
«PATRES CONSCRIPTI»	29
CORAZÓN DE ORO DE MÉXICO	30



SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DE LA INTELIGENCIA	31
PROFESORADO EXTRAACADÉMICO	32
CEREBRO CON PUÑOS	33
DISCRIMINACIÓN LIMINAR.....	35
LA ABSTINENCIA CUADRAGESIMAL.....	36
EL PUÑO AL TIMÓN	37
LAUDES DE LA INTELIGENCIA PUGNAZ.....	38
CASTO NUDISMO.....	39
«MAGNA VIRUMQUE...».....	40
GRATITUD, PREZ DE HIDALGUÍA	41
EXPLOSIÓN SENTIMENTAL CONTINUA	42
MÉXICO, CONQUISTADOR DE ESPAÑA	43
«OS LUSIADAS»	44
VASCO DE GAMA DESCUBRE A RUSIA	45
«SIC FATA VOLUERUNT»	46
«ACTA EST FABULA»	47
CRUDIVORISMO	48
SÁLVESE CADA CUAL A SÍ MISMO.....	49
EL PECADO DE PROUDHON	50
USURPADORES A LA GREÑA	51
MÉXICO, MENTOR Y RECTOR.....	52
MUNDO SIGNIFICA LIMPIO.....	53
MADRINAS DEL ASEO.....	54
AMÉRICA Y SU SANGRE MOZA	55
UN PAISAJE DE OKUSAI.....	56
KOTOKU Y LOS DOCE	57



EL DRAGÓN NEGRO.....	58
EL TELÓN, AL FIN, SE CORRIÓ.....	59
LA RECÓNDITA INTIMIDAD	60
CORAL DE LA PROSCRIPCIÓN	61
AÑORANZA Y SAUDADE.....	62
VEINTIDÓS CALABOCITOS TIENE LA CÁRCEL DE UTRERA.....	63
MADRE DEL AMOR HERMOSO.....	64
BROCHE PARA CERRAR	65
COSECHA DE FIASCOS	66
HEZ MILITRONCHA.....	67
«PERFUNDET OMNIA LUCE»	68
LA PIEDRA QUE RÍE.....	69
EL BRONCE QUE HABLA	70
LA MADERA QUE LLORA	71
LIBRO PRIMERO DEL PENTATEUCO.....	72
NOMENCLÁTOR CIVIL	73
ONOMÁSTICA Y PRAXIS.....	74
SEUDOPALOMOS PACÍFICOS	75
EL MITO DE ÍCARO	76
EL CARRO DEL SOL	77
LA DEMOCRACIA ALIGERA.....	78
PRIMARIO.....	79
FLOREAL	80
FRUCTIDOR.....	81



EL TORBELLINO DEL MUNDO

Su área de circunscripción.

El autor ha colocado este espejo a las puertas de su casa, para que en él se vean el rostro, la calle y la humanidad abigarrada y versicolor que la transita y deambula. Y el autor tiene sentados sus reales al pie del corazón de México. Esto quiere decir que la marea ascendente y descendente del popular tumulto, que estrella su rompiente en este acantilado, ha de dejar registradas aquí sus altas y sus bajas, su reflujos y su flujo, la turgencia y la deflación de sus iracundias, la wagneriana orquestación y el jadeo animal de su resaca. Si ello no fuese así, el espejo ya no fuera indiscreto y el apellido de ese nombre sería uno de tantos histrionismos y etiquetas caricaturales que deforman la fisonomía auténtica y verídica de la actualidad. Aquí no estamos para cataplasmas y para contemplaciones. Al pan pan y al vino poca agua. Exige esta sinceridad ruda la más rudimentaria decencia. Nuestro espejo no es de cristal corrugado, cóncavo o convexo, achatador o estilizador de las imágenes, especia de Frégoli transformista de la geometría y dislocador de la dimensión. No, nuestro espejo es plano, llano, liso, derecho e inconsútil, como nuestra alma; es una lámina sin estrías ni nudos, sin falla, que cada retrato que dibuja tiene la certidumbre de un acta notarial; es un bloque de claridad maciza, idéntico a su naturaleza y a sí mismo, incorruptible, insobornable, indefectible.



NOVILUNIO

Renovarse o «requiescat».

Quisiéramos que hoy a los lectores de esta rubrica, al echar el último vistazo a su faz en nuestros escaparates antes de entrar al trabajo, se les ofreciera ocasión de exclamar; «¡Caramba! A este espejo le han cambiado la luna». Eso significaría que en la dirección de este rincón de nuestra nave soplaban aires innovadores, que por él corrían y circulaban auras de novedad. Querría decir que nuestro galeón —consecuente consigo mismo, pero artista siempre y maestro y profesor «juris et de jure» de continentalidad y de la Universidad del Universo— da siempre la misma clase, pero con hálito, aliño y «atrezzo» múltiples; ataca los mismos motivos líricos, pero con ritmo diverso y varia modulación. O sea, que se trata de un argonauta, que es como el día, que cada mañana nace más fresco y pimpante que el anterior, siempre igual a sí propio y siempre distinto del que pasó y del que fue ayer. Indicaría acaso la sorpresa de nuestro madrugador laborioso que para estar en vena de rendir esfuerzo útil, necesita afilar el ingenio y lubricar el cordaje y templar el acero de sus nervios aquí; y que el espejo que tienes en las manos ha superado lo «insurmontable» y ha ganado en diafanidad, en transparencia, en limpidez, en realismo sano, en fría, objetiva y fotogénica impasibilidad.



ATADO A LA COLUMNA

«Tu Duca... » «Tu Signore...»

El santo estilista, plantado desde hoy en lo alto de esta columna, es pictoralmente consanguíneo de Goya; pero, lo es también en otro orden de Baltasar Gracián. De Gracián, tan admirado por Schopenhauer, que lo quería naturalizar boche y anexionárselo como si hubiera sido un territorio mostrenco o una negrería colonial, una Alsacia-Lorena o un corredor de Dantzig. De Gracián, que por la independencia de su espíritu, la buida agudeza y la barrenante pungencia de su visión y lo preciso y castigado de su rica verba lo tuviera el «Gesù» confinado en un convento, sito a pedrada de honda del portal de Belén en que el cronista salió del huevo. ¡Goya y Gracián! Dos primeras potencias, dos soberanías mayestáticas —así, con reduplicación— dos astros de ingencia inigualable y dos verdaderos hemisferios de la geografía que no se enseña y, por tanto, no se aprende en las aulas. El sentimiento lo arrebató a uno hacia el Sordo sin par o solo parejo al de Bonn. La inteligencia nos impele hacia el ignaciano hipersensible y refractario, que oía crecer el césped y partía un pelo con la «gilette» de su lengua. Devotos en nuestras mocedades de la franqueza baturra y brutal del Caprichoso, nos ganan por completo hoy la finura conceptuosa —en la acepción mexicana y culterana del calificativo—, el aticismo y preciosismo exquisitos y las hibleas mieles del inimitable Criticón.



TIRANTE NUNCA LAXO

El heroísmo del amor a la verdad.

Este espejo indiscreto va a seguir sin flexiones la línea intorsa de su tradición, continuará siendo terror de fantoches y de espantapájaros, sin desviarse media pulgada de su clásica trayectoria, ni apartar la vista un momento de las metas del honor. Encargado como sus Sosias, que paseaba Stendhal por los bulevares lutechianos, de reflejar el perfil panorámico de nuestro tiempo, hará sus capturas, captaciones o cacerías de rictus y de «grimaces» con acuidad de entomólogo, extremando en materia de fidelidad reproductiva la más rígida y frígida matemática. Las monas pintadas y las osamentas teñidas pasarán corriendo como cohetes delante de él. ¡Buen viento! El carro de la farándula, la carnavalesca mascarada de lo antivital recusará —«tolle, tolle»— nuestras veras efigies, que lógicamente ha de encontrar inverecundas. «Tant pis!» Hemos contraído indisolubles nupcias con la Verdad y por nada ni por nadie nos divorciamos de tan cumplida dama. Es de las raras amistades, en que nos va quedando fe. Fue nuestra ilusión temprana y es la pasión tardía que aún pone en llamas nuestros sentidos y convierte en traca o trueno pirotécnico y en un castillo de fuego artificial la ex blindada torre de nuestras vértebras.



EL VACÍO BAJO UN CRÁNEO

La flor no prospera en los abrojos.

Ante el embajador del Reich en Madrid, que llevaba el apellido tristemente célebre de Von Moltke, puso don Francisco Franco al gramófono cierto día, por enésima vez, el consabido y resobado disco, titulado «La barbarie bolchevique». Don Francisco Franco no es hombre fértil en recursos imaginativos. Creo que fue André Maurois, quien dijo que al lema electoral de la democracia «un hombre, un voto», había opuesto monsieur Proudhomme la divisa burguesa «un hombre, una idea». El señor Franco es en este plano discursivo un émulo y un colateral del honrado «épicier» franchute, a quien le estorba lo negro, o dejando la frase en su propia salsa «le noir sur le blanc». El dictador al dictado español no aparenta tener muy bien equipado el interior de su cabeza que digamos. Reprisa siempre el mismo enfadoso estribillo de la barbarie comunista, y de ahí no hay quien lo mueva, ni quien lo apee o voltee. Nuestro hombre es poseedor de una idea nada más y esa pelucona de oro la administra bien, la tiene bien guardada y arraigada en su menguado cacumen. En América forzosamente ha de maravillarse que con un ajuar o mobiliario mental tan modesto, se pueda llegar a rector de un país y a Sumo Pontífice totalitario.



INTELIGENCIAS, A LA HUELGA

La pistola con que daba consejos el Richelieu de allá.

Pero, ello nada tiene de particular en una satrapía absoluta, en un régimen superautoritario y archiautocrático. Como aquel tipejo, que visitando un pueblo e invitado a firmar en un álbum, escribió que pensaba volver al lugar el año próximo con el bastón de gobernador por la razón exclusiva de que otros más brutos que él lo habían sido, el señor Franco podría pegarnos a la pared, replicándonos que para regir a un pueblo al que no se permite pensar, la única idea que hasta ahora ha constituido todo el programa del preopinante, aún le estorba. En efecto, ¿para qué quiere razones el que tiene cañones? Cisneros afirmó majamente una vez que para mandar, con estos argumentos tenía bastante. Y desde el punto de vista del temible purpurado nada puede oponer a su dictamen la lógica.



PORDIOSEANTE INOPIA

Entre plagiarios anda el juego.

En cuanto al caudillejo falangista, lo más despampanante del caso es que la idea antes citada, que por la soledad en que aparece en las arengas de su dueño nos inclina a opinar que es la única que atesora, ni es suya, ni está ya en curso. El general de generales o generalísimo español, en efecto, vive intelectualmente —digámoslo así— de prestado. El tópico ese de que tanto hoy se abusa en la Sublime Puerta del Sol, lo han gastado ya a fuerza de sobarlo el ex tirado de Berchtesgaden, el de Villa Torlonia y cofrades. A Franco le ha llegado, pues, en última instancia y en clase de deshecho.



MENDICIDAD Y MENDACIDAD

Embaucador fracasado.

Le ha llegado en clase de migaja sacudida del mantel y cuando ya hace «tiempo que fue retirada de la circulación y por tanto, cuando no pasa ya en ninguna parte ni hay alma de cántaro humana que la tome. Sin embargo, Franco iterativamente vuelve, como el hisopo a su calambre, a la manía que lo obsesiona e insiste en darnos gato por liebre y en retrotraernos a la lamentable época del oro de Moscú y del bolchevique del cuchillo en la quijada. Pero, la gente hace ya días que dejó el pantalón corto y mucho más aún de fumarse el dedo. Cuando, pues, tratan de colarle un peso falso, lo hace botar sobre la acera, y al ver que no brinca como res a que se rejonea y que no canta al saltar como el mismísimo Caruso, recusa el embolado y espeta al expendedor de moneda ful: «Con estos fierros no vaya usted más que a la calderería, a que le echen un remiendo a la marmita del potaje si se le va de la quilla y deja escapar lo más gustoso de la crema que hierve dentro».



GLOSA DE HOJALATA A UNAS PALABRAS DE ORO

Hablar es decir cosas.

El licenciado Miguel Alemán, en una alocución dirigida por radio a los conscriptos hace muy pocos días, llamó a ese ramillete de jóvenes «guardia de honor de la libertad patria» y dijo muy inspiradamente que no hay más preciada prez que servir a tan alto dueño. Este pensamiento hay que recogerlo para retransmitirlo y prolongar su vibración por toda la estrella de los vientos, marginando los áureos conceptos registrados, aunque sea con una apostilla o acotación de chatarra.



AFRODITA Y ARES

Pulgar, quebrar pero no doblar.

El espíritu batallador y la «vis certatoria» o vocación combatiente no es único lema de las Ordenes de Caballería perpetuadas o reencarnadas en los modernos efectivos proletarios. La «vis certatrix» o numen bélico tampoco es tan solo el signo distintivo y la marca o sello específicos del varón, en fruición plena e integral uso de sus facultades y atributos. La lucha por la vida —«struggle for life» darwiniano y spenceriano— y la pugna por la amada, o sea, la conquista del amor y del pan, el hecho biológico de la reproducción, y el de la conservación, constituyen la ley misma de la especie, de todas las especies; el estatuto fundamental del Universo, el estado natural del ser viviente, la realidad más flagrante de nuestra existencia.



EL ORÁCULO DELFICO

Con el escudo o sobre el escudo.

Cuando Pablo de Tarsis, concede carta de ciudadanía en sus Epístolas a una frase gentílica de Séneca —«vita militia est»— eleva a la «vis praeliatoria» antes citada a la categoría de un precepto moral y de un deber de conciencia, le da la fuerza constrictiva de un voto perpetuo, la significación de un llamado del suelo y del cielo. La poesía de todos los pueblos y de todas las épocas ha tenido como estro, como motivo príncipe y medular imbibición de sus endechas el «heil» al héroe, que ayer fuera el cruzado y el paladín de las causas justas y hoy es esto mismo y, además, el «pioneer» del trabajo, el hombre de acción, el agitador político, el reformador social, el revolucionario vidente y constructivo. Este tipo zoológico, el ser dinámico, energético y magnético es, sin género de duda alguno, más genuinamente humano que el especulador apático puro. La vida perfecta no es la contemplativa, involutiva y concéntrica, sino la activa, expansiva, radial, mundial y cósmica. Por otra parte, la creación artística misma —guerra de las formas sensibles— resulta de la brega encarnizada con el caos, con lo inconcreto, lo obliterado, lo disperso y lo desvanecido.



LAS OLIMPIADAS

«*Hannibal ad Portas*».

Los griegos en la cría de sus cachorros, no perdieron jamás de vista las metas de salud individual y colectiva y han promulgado al respecto unas tablas mosaicas de inmemorialidad imperecedera y que son cifra y compendio de la humana Sabiduría. La deportividad olímpica emparejóse allí con el intelectismo platónico. La «sofrosine» traduce literalmente el «*Mens sana in corpore sano*» de la latinidad. Escuela etimológicamente vale tanto como juego u ocio, y gimnasio significa «ring» de atletas desnudos. En la última guerra, el Gimnasio alemán ha derrotado al Liceo francés, meramente mnemónico. Además... El tolstoyismo y gandhismo políticos —simple no resistencia al mal— no tienen porvenir. El idealismo rumiante, el pacifismo «pancifista», están condenados a ser arrollados fatalmente y a ser desplazados de manera ineluctable del palenque de púgiles y de gladiadores, que ha devenido el globo. Por consiguiente, los dictados del licenciado antes dicho deben golpear irreversiblemente el corazón de la mocedad mexicana y de la adolescencia continental, de toda la muchachada de este hemisferio. Tienen sus términos el vigor convictivo de una sentencia. Sentencia de «sentientia», expresión más pura de lo que siente. Y el aviso que se nos da no puede ser más aperitivo, más conminatorio: el Lobo viene por nuestra piel.



EN LOS ALBORES DEL AÑO LECTIVO

Caballeros estudiantes.

Recordemos cómo empieza Miguel de Cervantes su celeberrima novela ejemplar «El Licenciado Vidriera», acaso la mejor de la misma constelación: «Paseaban por la ribera del Tormes dos caballeros estudiantes...» ¡Dos caballeros estudiantes! ¡Con qué comedimiento exquisito habla de la inteligencia y de la cultura el justamente llamado Fénix de los ingenios y cincelador inigualado de la prosa castellana! No olvidemos que para el gran don Miguel, milite y plumífero a la vez, hombre a un tiempo de armas y de letras, de péñola y tizona, creador de la figura literaria de hidalgo más portentosa que la humana mente haya jamás concebido, la Caballería es el sentimiento de justicia a caballo, la sed de saber movilizada y en pie de guerra contra la universalidad de la sinrazón y el peor de los entuertos de que al villano y el plebeyo se hace víctimas, no desbarbarizándolos y teniéndolos presos en la inquisitorial mazmorra de la ignorancia. Digna de mención es también la loa de la ciudad de México, que aunque de rebote o retruque, se hace en «El Licenciado Vidriera». Venecia —viene a decir el padre de Don Quijote, hablo de memoria— fuera la ciudad más hermosa del globo terráqueo, si en éste no existiera México. A México lo reputa un artista —¡y de qué talla!— que se ha pasado la vida viajando, la flor y nata de las ciudades del mundo.



MATEMÁTICA DEL VIVIR

Didascálica subestimación.

Escolares mexicanos, caballeros estudiantes de nuestros planteles, sed dignos de la gloria de vuestra ciudad. Que no se pueda escribir de nosotros en el Baedeker «Education in this country is very neglected». El mundo —diga lo que quiera la fe cegata— está montado y hecho a la diablo, ha sido fabricado con lo contrario de la cabeza. Hay que rehacerlo y reconstruirlo con el cerebro. Mundo significa limpio, claro. Se ha de clarificar y asear, pues, y vaciarlo de torpeza. En ninguna empresa más insigne pueden emplearse las energías, que en esa labor: diseminar luz en torno nuestro y en enderezar lo que está torcido y anda por ahí de medio lado. El estudio —ya lo leísteis— es una Caballería. Caballeros del leer y del saber: la cultura es un entrenamiento, un adiestramiento de atletas más que una incubación e infamación de Sofistas. A Minerva la pinta la mitología casqueada férreamente y embrazando frámea y adarga. Un guerrero de Maratón llevaba tatuada en el rostro esta leyenda épica: *Mákestai diá pantós tu búu*, que quiere decir, combatir toda la vida. Sí; pelear sin tregua y trabajar hasta partirse el pecho es el buen programa. Forjarse un ideal de héroe y una moral de ofensiva es lo que manda el decálogo laico.



HAMBRE AUTODIDÁCTICA

Aspirar grandes bocanadas de espacio.

A una edad avanzadísima encontraron a Miguel Ángel, cierta mañana de enero, andando por las calles de Roma agarrado a las paredes. Le preguntaron dónde iba entelerido por los años y el frío que estaba haciendo; y contestó con toda naturalidad: «Voy a la escuela, a ver si aprendo algo». Joaquín Costa —el divino Maestro— ya sexagenario y baldado por la mielitis, fue invitado a ir a Madrid a informar en la Cámara de Diputados contra una de las leyes «sceleratas» cocinadas por el maurismo cerril. Desde la estación y antes de ir a lavarse la cara a la fonda, se hizo llevar el sublime inválido al Ateneo, en donde lo encontraron los amigos hundido hasta la barba entre promontorios de libros. La Prensa saludó su llegada a la Corte, llamándole cariñosamente «El Estudiante». El estudiante era el primer orador, escritor, humanista, jurista y sociólogo que tenía España a la sazón y al que el país, que lo adoraba, le regalaba las actas de diputado, sin que él las pidiera, de tres en tres; Madrid, Zaragoza, Gerona. Afirmaba Disraeli que si Inglaterra hubiera de elegir entre perder a Shakespeare o el imperio de las Indias, la Gran Bretaña optaría sin vacilar por retener al autor de «Hamlet». Por Cervantes o por Costa pudiera dar España todos sus reyes godos. Y por Walt Whitman los Estados Unidos la península entera de Manhattan; por Walt Whitman, que decía: «Mi pensamiento es más dilatado que la dilatada tierra, y más profundo que cien mares y que un miliar de firmamentos puestos uno encima de otro».



LA NOCHE DE LAS TIRANÍAS

Descansen en paz las momias.

La primera vez que Augusto Blanqui estuvo en la cárcel —¡y se pasó en ella veintisiete años!— pidió a los empleados el reglamento de la casa. El torvo calabocero que lo acompañaba con doce kilos de llaves auestas, le contestó: «El reglamento de esta mansión solo tiene una regla: Yo hablar y tú callar; yo mandar y tú agacharte». Efectivamente, los muertos en la tumba únicamente gozan de un derecho: el de pudrirse, el de ser pasto de la vermina voraz o ser comidos de gusanos. Ignacio de Loyola, en la Constitución que dio a los del A.M.D.G. — *Ad majorem Dei gloriam*— dispuso que cada miembro de la Compañía de Jesús había de someterse a sus superiores como un cadáver, *perinde ac cadaver*; como obedecen los seres inanimados, *Jesuita, Jesús ita*. En el cuartel prusiano impera la misma disciplina férrea. La consigna allí es *sehen, horev, gehen*; o sea: ver, oír y marchar. Para las mujeres también han formulado los boches un programa ideal: *Kliche, Kirche, Kinder*; esto es: guisar, criar y rezar; o más literalmente, cocina, iglesia y cuna o gineceo. Los que aspiran a hacer de la legalidad un corral —perdón, un establo— y de cada nación una penitenciaría, un convento, un cuartel de ulanos, un lazareto o una necrópolis e ir a horcajadas sobre el lomo de sus conciudadanos, son los que corean a través de los siglos al Borbón narizón, Fernando VII, cuando tatareaba: «A la Constitución, con el tacón». Y aquello otro: «¡Viva Narizotas, cara de pastel, que a blancos y negros los ha de moler!» De casta le venía al galgo la mala sangre; y a aquella pécora —reina ella— que afirmaba que no dormiría tranquila hasta que no viera a todos sus súbditos, constitucionales o no, vestidos de saco.



LA MAÑANA DE LAS CONSTITUCIONES

Vale más morir de pie que vivir de rodillas.

La primera Constitución político-civil de que gozaron los romanos fue la *Lex XII Tabularum* o Ley de las XII Tablas. La conquista de este Código es una de las peripecias más patéticas y más «poignantes» del drama humano. De las fatigas que costó a la plebe arrancar al patriciado dicha Carta Magna penas se ocupan los tratadistas. Del propio modo que pasan como sobre ascuas o como galo que se escaldó, sobre Espartaco, los Gracos, Bruto, los pretores, la retirada al Aventino, las Leyes Agrarias y la forma en que Escipión Nasica saludó a un liberto diciéndole: «Dame la pata». Y es que hay doctores con muceta y birrete, a los que para estar cabales solo les faltan los arreos, como poco más o menos afirmó quien conocía el paño, que era nada menos que uno de nuestros optimates, un mexicano y americano máximo, óptimo máximo. He nombrado a nuestro gran don Miguel Hidalgo y Costilla. A un esforzado tribuno de la plebe, a Terentilio Arsa, y al incomparable denuedo de las masas desheredadas que lo secundaron, se debe la primera Constitución de que habla la historia después de la del Sinaí. El Derecho romano fue primeramente esotérico, secreto. Se lo legaban los sacerdotes —los «flámines» o padres Flaminios de la época— en fórmulas orales que de boca en boca se transmitían y que no salían del seno de los santos sínodos, sanedrines o sinagogas. La menestralía de la República y la valiente chamberga transtiberina, cansados de galimatías sibilinos y de romperse los cascos descifrando jeroglíficos abstrusos, fueron los primeros que plantaron cara a los quirites que los abrumaban con sus senadoconsultos y sus jerigonzas jurisprudenciales. «Esas charadas —les dijeron— nos las dan sus Señorías, por escrito, en negro sobre blanco, y redactadas a la pata la llana, de forma que las comprendamos, y no empapeladas o entabilidades en ese argot infumable que gastan vuestas mercedes y que no hay cristiano o pagano que lo entienda. Si no, no las acatamos». Y de ahí surgió la primera Constitución del pueblo rey, que esta vez sí que se encontró lo que nuestro padre Adán había perdido en el paraíso.



CINCO DE FEBRERO AURORAL

Libertad o muerte.

De modo parecido procedieron los varones —gracia otra vez, con be labial— los barones ingleses para extraerle a Juan Sin Tierra la muela del juicio del «Habeas Corpus». Y así el infanzonado aragonés le sacó a un rey con el puñal al pecho el Privilegio de la Unión, que otro monarca hizo a trizas también con su puñal. Y no de otra manera acabaron con la cugucia, el *jus primæ noctis* y otras salacidades y malos usos feudalescos los remensas o esclavos de remensa —*a redimentia*— de Cataluña. México no habría salido aún de la lactancia y del período balbuciente del Derecho, si no hubiera tratado con los mismos bruscos modales a sus virreyes y a sus encomenderos. Tiene México tierra y libertad porque tuvo redaños. Y la Constitución del 17 se ha hecho carne de su carne y no se la han escamoteado los prestidigitadores de la política, ni se la han arrebatado los salteadores de fueros; no la han roto a colmillazos los lobos, porque el pueblo la custodia y monta la guardia a su vera con las armas en la mano o al alcance de la mano. Que por muchos años conserve esa máscula energía y le duren esas agallas.



EL DERECHO PENAL EN EL CANDELERO

La «vedette» de moda.

La Ciencia del delito y de la pena tiene hoy puestos damascos al balcón; alcanza entre nosotros una boga inaudita y está aquí como nunca en su apogeo. Ese predicamento y ese auge no se deben a la sapiencia de los penalistas, que son gente tan común como cada hijo de vecino y hasta un poco más a ratos si se quiere, sino a la originalidad y al nuevo estilo de que hacen gala los delincuentes. En inventiva y en fertilidad de recursos imaginativos y de expresión, la personalidad de los segundos deja tamaña a la de los primeros. La Sociedad, que pertenece, si no al sexo, al género femenino, pasa por unos momentos de terror histérico, originado por la audacia y la acometividad de los criminales. Y en su nerviosidad pide remedio al oráculo y a las sibilas, que contestan como es habitual a esta fauna, con ambigüedades y camelancias del más puro corte muñozsequesco: «Ego dico tibi Pyrrhum romanos vincere posse». Lo que significa tanto que Pirro puede vencer a los romanos, como que los romanos pueden vencer a Pirro. Con lo que no hay manera de equivocarse. No tienen los penalistas la culpa de su impotencia. Les es ella tan inimputable como el homicidio al arma con que se consuma y aun al mismo homicida no pocas veces. La libertad moral no es más que un mito o una entelequia y, por tanto, al problema de la criminalidad no se le columbra solución o no la tiene más que a medias, como vamos a verlo en seguida. Los delincuentes llamados crepusculares, obnubilados u obumbrados por psiquiatras humoristas; o sea, los autores de fechorías no ya antisociales sino contra natura, nos han metido a los que estas cuestiones apasionan en un «impasse», vulgo callejón sin salida. Parricidas, uxoricidas, victimarios al por mayor o en serie y en masa de su prójimo, derrotan el ingenio del doctor más competente en lacras, taras y achaques sociales. La malhechoría hórrida no la constituyen conciencias brumosas, flotantes en la penumbra de una atmósfera confinada y en la neblina y las medias tintas de una mañana sin sol. Los malos bichos de que nos ocupamos, se definen por manifestaciones de una naturaleza extremadamente dañina. Los hay entre ellos afectados de deformaciones irrectificables o que se catalogan como seres estancados o irremediabilmente retardados



en su evolución, sin contar los altamente dotados de luces y privados totalmente de ellas en relación con el bien o carentes por completo de sentido moral. Este último género de nocividad es el más despatarrante.



CRIMINOGENESIS

Criminalidad potencial y criminalidad larvada.

Hay una delincuencia latente o difusa, de origen netamente colectivo y de la que a todos nos toca en mayor o menor medida responsabilizarnos, pareja a una saturación atmosférica de fluido eléctrico, que no siempre se descarga explosivamente. Pero, vayamos por partes para no embrollarnos. En los últimos tiempos el fenómeno criminológico más imponente es el del alza de la delincuencia política, con pena casi, única —la de muerte—, y la baja de la facinerosidad común en la cotización de valores morales. Otros tábanos que atosigan nuestro espíritu: ¿qué partido tomar cuando la inacción ante un azote —llamémoslo así— público o privado, como por ejemplo, la insolencia de un ofensor, la agresividad de un follón empedernido o la pravedad de un usurpante, es más punible que la reacción contra el mismo? ¿Qué hacer cuando el ataque al Derecho —verbi gratia, una guerra de rapiña, una represión o persecución inmotivada, un pogrom— alcanza tal volumen que es autor del hecho un partido, una clase social, un pueblo o una parte de la humanidad? Los interrogantes se atropellan. Pero, la pulga que no dejaba dormir a Bonaparte la víspera de Wagram, es la que sigue: ¿qué magistrado tan de cemento habrá, que ose penalizar o sancionar, aunque el Código se lo ordene, una transgresión jurídica, una infracción legal, que fluye fatalmente de la orfandad económica, de la indefensión física y psíquica, en que ante la embestida de toda clase de fieras se encuentran las masas desheredadas?



TÉCNICA DE LA PENA

Jorobas que no hay quien enderece.

En los problemas más obsesionantes y terebrantes del Derecho Penal, se llega, discurriendo acuciosamente, a la paradójica conclusión de que es más criminal la pena que el delito. Para la solución de otros la pedagogía y la medicina han probado palmariamente su ineffectividad y su improcedencia. Se dispone para curar la dolencia que nos aqueja, como para contrabatar el estrago canceroso, solo de emolientes; únicamente de paliativos mezquinos y gracias. El empirismo más anticientífico aconseja cuando exigen las circunstancias el aislamiento, la eliminación o la extirpación del sujeto caracterizado por su trágica peligrosidad, por su «temibilitá», como dice la Escuela italiana. Bien entendido que en los casos de responsabilidad diluida o plural, únicamente surtiría efecto y tendría eficiencia extintiva la reforma de la organización inhumana y auténticamente criminosa o criminogénica de la Sociedad.



PINEDAS Y RESINARES

Reforestación inspirada.

Deliberadamente hemos dejado pasar unos cuantos días para que se clarificaran las emociones, con que espiritualmente nos enriqueció una reciente excursión a Toluca. Nos referimos a la hecha en compañía de los constituyentes de la República a la capital del Estado de México, para celebrar el aniversario de la promulgación de nuestra Carta Máxima. Vienen en el carro que nos lleva en brazos dos damas cultísimas, con las que todo el camino charlamos de literatura. El sexo feo lo representan, además del cronista, que nada le debe y tiene que agradecer al Creador, el inmarcesible maestro Ancona — eterno muchacho— y otro joven con quien cambiamos greguerías y latines, epigramas, chascarrillos y otros desahogos del corazón. Las señoras nos hablan de sus lecturas de los últimos días, que revelan un gusto refinado y una espiritualidad quintaesenciada. El ingenio de «Mónico Neck» burbujea como un champán de noble blasón y echa lumbre como una yesca que se inflama y estalla en fosforescencias con solo hacer ademán de tocarla. El mancebo helenizante, que fue espectador de la guerra, no civil sino civilísima de España, evoca recuerdos patéticos y escenas inolvidables de aquella epopeya. Luego nos regala con unas citas de Jenofonte y con unos hexámetros de la égloga primera de Virgilio y acaba recitándonos un soneto de su invención, en que hace un retrato del maestro Ancona, que no mejorara con su pincel brujo Doménico Teotocópulos. Mónico Neck, ruborizado, declina los granitos de incienso que se queman en su honor y refiere que le llaman maestro por no sé qué estrafalaria ocurrencia de un amigo jocoso. Protestamos todos enérgicamente y recusamos la inconvincente explicación. «A usted le llaman maestro por su maestría», clamamos todos los circunstantes a coro. «Ese título, como el de constituyente, se lo ha discernido el pueblo y no hay más que inclinarse ante su decisión soberana. ¿Somos demócratas o no lo somos? Pues entonces, a allanarse a los dictados de nuestro señor mayor».



«PATRES CONSCRIPTI»

Vieja guardia.

A las tantas, el motor del columpio que nos mece en su regazo, para de roncar; y el prestúmano automedonte nos descarga a las puertas de nuestro destino: Toluca. Nos impresiona el natural señorío y la distinción inconfundible de esta ciudad patricia. Para recibir a los constituyentes se ha vestido sus mejores galas y cumple los deberes de su anfitrión con un decoro, que imposible pedir más. Los constituyentes han venido aquí, no en plan bombástico y a hacer una campada y correrse unas horas azules, sino a pasar lista de presentes y a certificar al país en esta fecha líder que hoy más que nunca están a su servicio. Así desde que desembarcaron no cesan de afirmar pública y privadamente la incommovible fe que tienen en nuestra Ley Suprema y la ciega confianza que a pie de obra siempre les animó en la gloria y en los destinos de México. Los aplausos que rubrican sus palabras se oyen en la cumbre del Nevado y estremecen los cimientos del palacio del Gobierno. El pueblo que los rodea solícito y que los envuelve en la cálida onda de su simpatía, oye complacido las promesas que se hacen de que nadie osará tocar el Estatuto constitucional y al programa de la Revolución, mientras uno solo de los que se han reunido aquí hoy a jurar eso, esté con vida.; Luego de llenada nuestra misión, nos desparramamos por las rúas y vuelve a conmovernos el porte digno y majestuoso de esta población que por primera vez nos acoge en su recinto y nos hace los honores de su casa. Sus magníficos porches traen a nuestra memoria el recuerdo de la galería de Milán, las clásicas porticadas de Bolonia y de Medina del Campo y la logia «dei Lanzi» de la plaza de la Señoría de Florencia. Los constituyentes discuten sus ideas formando animados corros y pululan por salas, «brasseries» y boliches. El padre Hidalgo, de espaldas a una iglesia en ruinas —actual morada de mochuelos— sonrío en su pedestal a los tres colores y a las cintas rojas que todo bicho viviente lleva prendidas a la solapa.



CORAZÓN DE ORO DE MÉXICO

La floresta interior.

A medio día, después de yantar, las señoras que tan buena compañía nos han hecho toda la mañana, nos invitan a que les firmemos las tarjetas del menú y a que exprimamos sobre los nombres internacionales de los platos el jugo de nuestro menguado magín. Y garrapateamos en una de las cartulinas que nos tienden: «El alba de las Constituciones es el fin de la noche de las tiranías». Y en la otra: *Sine libertate, nulla patria*. O lo que es lo mismo: «Patria sin libertad, p'al gato». Nos queda por decir lo más importante y no sabiendo dónde hacerlo público, lo escribimos en versales sobre la primera pared que nos viene a mano: «De México, a la gloria».



SERVIDUMBRE Y GRANDEZA DE LA INTELIGENCIA

Deshumanización del Saber.

Oscurantistas y técnicos por concurrentes vías convergieron en el desalmamiento de la cultura. El obscurantismo aportó a esa gran destrucción su golpe de piqueta, afirmando que *philosophia est ancilla theologicæ*, que la ciencia ha de ser la criada y la sierva de la fe. Y así al primer rebelde al que se cargó de cadenas, fue el pensamiento. La primera mártir —protomártir— a que se infligió el suplicio dogmático, fue la razón. La técnica —ciencia aplicada, ciencia trocada en manufactura y artesanía— no es renovadora más que «a posteriori». Subvierte el mundo moral de rechazo y como resultado de los avances que en el orden práctico determina. El ultramontanismo mima a los técnicos por los miserables cobres que su alquimia y sus precipitados de laboratorio le reportan. Ha aplaudido la imprenta, el ferrocarril, el avión, el automóvil, el radio, la telegrafía inalámbrica, el descubrimiento de América. Sin percatarse de que esas maravillas de la física habían de reobrar sobre lo inmaterial y de que siempre se muere por do más pecado se hubo.



PROFESORADO EXTRAACADÉMICO

Adocenamiento de Minerva.

De las epidemias de horribles blasfemias de las Academias, líbranos Señor. Esta estupenda rubendariada debe de ser el solo kirie de la letanía, que a los profanos no se nos olvidó. El vulgo iletrado es el único que tiene respeto auténtico a la belleza y a la ciencia no domesticadas. Viendo el otro día, en la película «El Diputado Báltico» el recibimiento que los obreros, soldados y marineros del Soviet de Retrogrado tributan al naturalista Poleshaiev, nos punzaba en la sien esa idea. Sólo el pueblo puede amar de verdad a los investigadores científicos. Porque, quieran o no, los sabios trabajan para el pueblo. Y solo los que trabajan —con la inteligencia o con el músculo— pueden comprenderse entre sí. Nadie sabe como los niños quién les quiere bien. Y a las masas las dotó Natura del profundo instinto defensivo de la infancia. Un humorista escribió: «Cuando tengas una «nurse» a quien no amen tus hijos pequeños, dale en seguida la cuenta. A no ser que la ames tú. Y eso, aunque la ames tú». «El profesor Storitzin», de Andreiv, es otro homenaje de las letras rusas, del pueblo ruso a la sabiduría.



CEREBRO CON PUÑOS

Hermanos desheredados.

La carne de explotación y de cañón ha sido en Rusia muy amada de su intelectualidad. Pero, bien correspondido y pagado largamente en efusión cordial ha sido ese cariño. Tenemos entre las manos un libro sobre Pouchkine, editado por la U.R.S.S. Ese volumen es una ofrenda y un desagravio de la hoz y el martillo a una de las plumas más rútilas del país del Volga. La infinita vileza del zarismo está retratada en el siguiente documento preciosísimo, que arrancho del tomo a que me remití y que debemos aquí estampar, para que se chupen los dedos los intelectualitos y los intelectualones al servicio del diablo, que tan mal les paga. Lean, lean sus reverencias: «El comandante de Policía Miller a S. E. el Jefe de Policía de Moscú. —20 de septiembre de 1829.— Confidencial. — Tengo el honor de informarle por medio del presente comunicado, que el famoso poeta Alejandro Pouchkine, funcionario retirado de décima clase, ha llegado a esta ciudad y se hospeda en el Hotel de Inglaterra, propiedad del señor Aubert y sito en el Sector Tverskaia, primer barrio, donde una vigilancia secreta ha sido montada con todo esmero». Así vivió Pouchkine hasta que fue mortalmente estoqueado como una res. Así se iba muriendo. Cercado constantemente por los sabuesos imperiales; con la correspondencia intervenida, con la producción de su ingenio sometida a censura; confinado en isbas y aduares semirriñeos, con el deliberado propósito de extinguir su inspiración y ahogar su espíritu. No se le dieron empleos más que de lacayo y obligándosele, además, a llevar librea. Tuvo que pedir permiso para casarse a su mongólica Majestad, quien para mayor escarnio le sedujo la esposa —amargo se hacía—. En fin, cuando estorbó enojosamente, se le envió un espadachín —un matamoros francés por cierto y un Antínoo inequívoco— que lo provocó a duelo inmisericorde y lo quitó de en medio apenas cumplidos los 37 años. Su pecado fue inteligencia, su inmenso numen lírico, su shakesperiano genio, su gran alma de artista y de apasionado creador literario. Y sobre todo la ternura que insurgentes — Stenka Razine, Pugachev, etc.,— vagabundos harapientos y misérrimos mujiks le inspiraron siempre. «¿Dónde habríais estado cuando se sublevaron los decembristas —



le preguntó Nicolás I— si os hubierais encontrado a la sazón en Petersburgo?» «Sir —
contestó sencilla y grandiosamente el poeta—; en las filas de los rebeldes».



DISCRIMINACIÓN LIMINAR

En el principio fue la acción. (Goethe.)

De ningún soñador debe chotearse uno, por quiméricas que sus lucubraciones se nos antojen. Y eso, aunque solo sea por no tirarse una plancha o meter el remo, porque los desvaríos de ayer son los teoremas demostrados de hoy, y de los delirios actuales surgirán las presencias futuras. Menos deben movernos a chunga las gesticulaciones de un visionario, cuando nos entre por los ojos la evidencia de que nos encontramos ante un sentimental. Esta clase de fauna taumatúrgica suele en sus alucinaciones alcanzar milagrosas videncias y dar terribles sorpresas a Pirrón y a los espíritus eclécticos, a los hombres equilibrados —solo equilibristas a veces y casi siempre prácticos y materiales en exceso-. No extrememos, pues, la zumba con el amigo Mohandas, el famoso ayunador indostánico, porque a lo mejor ocurre que sea él quien ría el último. Y sabido es y sobado está el refrán franchute, que canta que *rira qui rira le dernier*. De la carcajada que se eche cuando la poma que a él le tienta haya madurado, puede muy bien reventar como el Aretino, que ya hemos quedado que murió de contento y por explosión jocosa y jacarandosa. La libertad política y las ansias nacionales de 300 millones de cabezas del rebaño humano no es negocio para ser tomado a chufra. Y el Mahatma acaso devuelva la pelota del pitorreo a los que hacen chistes con las cañas flacas y peludas de sus piernas de saltamontes, con su rapado cráneo y con la corte de secretarías de veinte abriles que le escoltan y le rinden pleitesía.



LA ABSTINENCIA CUADRAGESIMAL

«*Praktéon estin*». (*Canon griego de la acción directa.*)

Ahora bien; como distinguir es discernir, distingamos. Si el ideal de Gandhi no se presta a bufonadas, sí que está permitido burlarse un tanto del proceso por él seguido para hacer palpables los fantasmas de su magín. Su gesto dietético es tan pueril como el del pigmeo, que, al entrar por una puerta cochera o en el Arco de Mármol, baja la frente para no dar con ésta en el techo. La huelga del hambre es táctica mandada a retirar en las Prisiones donde hay directores que no lloran a moco tendido cuando le duelen las muelas a un penitenciado. Para conseguir la autonomía de Irlanda, ya vimos de qué le valió el truco del *substine et abstine* al alcalde de Cork. A los patriotas de la patria grande les pueden dar todos los calambres voluntarios de estómago que sus mercedes gusten, que no por ello los esclavistas de naciones se enternecerán. Sin enrolarnos en el clan de patriotas de la patria chica, «*id est*», de la circunscrita por la curva cerrada del cinturón, podemos declarar clausurado el ciclo de esos modos platónicos de estoquear miuras y lidiar reses bravas. Hoy no hay quien ayune en las tres cuartas partes del mundo forzosamente y de manera mucho más efectiva que Karamchad Gandhi y sin habitar el palacio de Agá Khan, estar asistidos por un Colegio de galenos, pretender parar el aliento del mundo y salvar así a una de las ramas más frondosas del árbol de este Edén irrespirable en que moramos. En los países estuprados por unos y otros, se les mueren diariamente en brazos a las mamás cantidad fabulosa de bebés, por no tener con qué nutrirlos. Millones de hombres han mordido el polvo abrazados al fusil, a pesar de haberse defendido con brío y bravura ferinos. Las autonomías y las independencias más sólidas y mejor cimentadas se desmoronan y se vienen abajo como si fueran castillos de naipes o de fichas de dominó y arquitecturas de confitería. ¡Para que el Gandhi y su grey infinita de faquires vegetativos, pacifistas tolstoyanos e idealistas rumiantes se hagan la ilusión de que con una mojiganga teatral van a obtener lo que sus hermanos celestes no han logrado asegurar en seis años de encarnizados combates; quiero decir, el respeto a su personalidad nacional y a su dignidad colectiva!



EL PUÑO AL TIMÓN

«*Agendum est*». (*Norma latina de la conducta política.*)

No. El camino recto y seguro para llegar a donde Claret quería, no es ese. El bramán contemplativo, metido a redentor de miríadas de entes prendados de su ombligo, ha equivocado el método. La vía para forzar las marchas de la historia son las reacciones del nervio y no las oraciones. México puede poner cátedra de la asignatura en la Universidad de la universalidad. Julio César jugó con su tiempo como con un balón.

Pues bien; Marco Tulio atribuía los éxitos políticos, militares, diplomáticos, tribunicios y hasta literarios del domador de las Galias a que éste era un *monstrum activitatis*, un mecanismo volitivo siempre disparado en ráfaga y con el punto de mira hacia el blanco. El problema gangético no es de trigonometría precisamente o de cálculo infinitesimal. Si los intocables —cero más, cero menos— son 300 millones, y los mastines que los guardan no pasan de treinta mil —cero más, cero menos— ¿tienen que hacer los primeramente aludidos otra cosa que estrechar su fibra lanar apretadamente y dar a los segundos un abrazo bien dado, un achuchón cariñoso —de oprimido a opresor— para que se cambien las tornas y el sol de una era de aleluyas luzca sobre las cúpulas y minaretes de Nueva Delhi?



LAUDES DE LA INTELIGENCIA PUGNAZ

El don del ardor polémico.

«No tiene usted una inteligencia delicada» dijo, en cierta ocasión, a Luis Bonafoux un lector melindroso, con mohines de educando de colegio de loyolas. Réplica del inmenso portorriqueño —de la isla antillana y del café del mismo nombre de la Puerta del Sol— al canto de la observación del novicio pudibundo: «Me importa tener un cerebro poderoso en amplitudes de visión y en potencia perforante, y lo demás no me quita el sueño». El resto, en efecto, se lo diligencia uno o se le allega de propina. Porque aquello de que lo que no da natura tararura —*Quod natura non tribuit, Salmantica non praestat*—, es otro camelo teológico. Julio Ferry decía que cuando se tiene genio, siempre es malo. El carácter es un ángulo, una arista, y es ahí donde se corta uno, que no en las chateces superficiarias. La inercia y la apatía no son modos de bondad, sino de renuncia y de dimisión; es decir, de negarse a sí mismo y esquivar a los demás; de dar quiebros toreros a la moral y faltar al respeto a lo circundante y a los circunstantes. La bondad no ojalatera ha de ser «un aquí vine porque vine», una presencia, una irrupción impetuosa y una proyección desbordada en la dirección de todos los cuadrantes de la rosa de los vientos. Ese lenguaje exteriorizante del yo es el que algunos quisieran que fuese archicomedido, medido, depurado y exquisito, en las letras y en el arte. Admito la mayor silogística hasta cierto punto y con muchas más reservas la menor. Hay quien puede forjar y crear en frío. Allá él. Así le saldrán las criaturas de esmirriadas y anémicas. El cronista de raza ha de poseer el temperamento del gótico flamígero y de una selva tropical. Ha de tener fundidos constantemente en mortal abrazo el pensamiento y el sentimiento. Y operar sobre la base de que el periodismo es una milicia, una militancia y de que en la guerra como en la guerra. Las pulcras simierías, los atildamientos amanerados están muy en su lugar en un «tea-room», en una peluquería de señoras y en una tertulia de monas pintadas. Huelgan en un palenque o en un «ring», en que se disputan campeonatos, de los que depende a veces la suerte de un siglo o de una raza, y ahora incluso de todo el muestrario zoológico del arca de Noé.



CASTO NUDISMO

Venus Calipiga.

La inteligencia es un timbre esencialmente varonil. No está desprovisto de ello el otro sexo, aunque la ortodoxia lo objete. Pero todos los doctores convienen y están unánimes en que no es esa la característica eminente de Eva, sino la sensibilidad. Una inteligencia fuerte discurre con energía, con dialéctica atlética y se acusa con brío y ardimiento. El preciosismo ridículo es una variante de la debilidad y nada tiene que hacer en nuestros dominios. Por esa misma y potísima razón el rigor de la lógica suele andar unido al vigor de la expresión. Hay una nudidad, crudeza o acritud intelectual — impudicia del espíritu— independiente de la procacidad de la lengua, que es producto selecto de la lucidez de cacumen y de la salud del corazón. Quien concibe con netitud, se expresa sin ambages y ensortijamientos o enrevesamientos estilísticos. Buffon «ait». Quien no tiene el alma pútrida, se la puede poner en la palma de la mano, llevarla a flor de cara y de pecho y dar de beber en ella la verdad a los sedientos como en un ánfora preciosa.



«MAGNA VIRUMQUE...»

Dialéctica de martinete.

Parte de estas inconsideraciones nos las arranca la lectura de un librito de Jorge Arqué, recién editado y que tremolan victoriosamente nuestras manos en estos momentos. Se le ha cristianado —es un decir— con el nombre de «El futur de Catalunya». El volumen materialmente no es de grandes dimensiones, aunque tiene todas las que le hacen falta y una más, como preceptúan los modernos cánones. Chiquito de estatura el opúsculo, como su genitor, resulta grande, medido como se mide a los hombres, de la nariz para arriba o de entraña adentro. Singularizarse el libérculo que nos ocupa por la franqueza insobornable y la claridad catalana de que está ungido. Aborda su autor los problemas del día —de hoy, de ayer y de siempre— con la resolución de un operador seguro de su pulso y de su técnica. Jorge Arqué es un pescador honesto, que puede, como el Podestá de Padua, echar discursos a los peces, pero no asesinarlos con alevosía. Él lanza su línea al agua sin cebo en el anzuelo. El que quiera picar, que pique. Aquí no se abusa de nadie. Con una naturaleza moral tan espléndida y una ética tan insólita, no hay manera de chocar y llamarse a engaño. Se podrá estar o no conforme con el paisaje de inquietudes y de historias que nuestro «pioneer» nos pinta y con el bosque de interrogantes que ante nosotros levanta y en cuyo examen no podemos entrar aquí. Pero lo que no tiene vuelta de hoja es que no hay quien supere el verismo, la vivacidad o vivencia, el humano calor, hasta la maestría lineal y la maciza composición de estas páginas. La arrebatada ventolera que hasta lo más hondo las sacude, nos llena de indulgencia para algún desaliño de lenguaje, que nos recuerda al gran Julio Vallés cuando decía que no es buen escritor revolucionario el que en sus producciones no subvierte hasta la gramática.



GRATITUD, PREZ DE HIDALGUÍA

Emoción que no cabe en el pecho.

Escriben a un refugiado español amigo nuestro, desde una aldehuela de Extremadura, vecina de la cuna histórica de Hernán Cortés: «Aquí la tonada, la consigna y la muletilla de moda es: Jalisco, no te rajés.» De Barcelona llegan por distintos cables estos augúrales anuncios: «En los cines y teatros de más postín, ha tenido que prohibirse hasta el pronunciar en escena bajo pretexto alguno el nombre de México, porque el cielo se venía abajo del trueno de aplausos y de vivas que estallaba en la sala y que hacían más estropicio que un bombardeo.» De Valencia comunican igualmente satisfactorias novedades: «A pesar de haberse proscrito de la pantalla, sancionando su proyección con draconianos rigores, films tan sugestivos como «¡Viva Villa!», «Tormenta sobre México» y otros de la misma inspiración, se siguen reprisando esas cintas con un éxito sin precedentes, en los salones de espectáculos de los suburbios y en el enjambre de poblados y caseríos de la Huerta.»



EXPLOSIÓN SENTIMENTAL CONTINUA

Más correo del agradecimiento en acción.

No tiene tampoco desperdicio lo que se acaba de saber de Alicante: «El empresario de recreos que está en quiebra y, como decimos aquí, en vísperas o a punto de irse con los ángeles, tiene un remedio que no falla para galvanizar el cadáver del extinto negocio. No ha de hacer más que poner en la puerta un cartel anunciando cualquier mamarrachada, pero no descuidándose de cubrir la cabeza del programa con un sombrero tejano. Al día siguiente hay que llamar guardia; que custodien la entrada del establecimiento, porque la población se amotina pugnando por colarse en él.» Pero lo que tiene toda la sal de la mar que baña los pies de la tierra de María Santísima es lo que en cierto lugar de la provincia de Málaga ocurrió hace unos meses: «Se celebró una corrida de toros de escándalo, por lo mala, a fines de la temporada última. Hubo un broncazo de los de no te menees. El público pedía la cabeza del «apuntador» y que lo lidiasen. Pero el ladino empresario tuvo una ocurrencia diabólica. Hizo salir al centro del coso un charro montado en brioso corcel a ofrecer disculpas y a anunciar para el domingo venidero una brega de desagravio, en la que intervendría un rival de Gaona, que vaya usted a saber de qué recovecos de su acalorado magín se sacó el camastrón que nos ocupa. Lo cierto es que el «respetable» llevóse del ruedo en hombros al mexicano de pandereta que ofició de locutor y que en la, función expiatoria prometida «se hizo calderada».



MÉXICO, CONQUISTADOR DE ESPAÑA

No se hace nunca el bien en vano.

¿Quiénes dirán ustedes que son en Iberia los prestigios internacionales más indiscutibles y más indiscutidos entre las masas profundas del «pópulo»? A ver: vengan nombres. ¿Truman? ¿Churchill? ¿Stalin? ¿Montgomery? ¿Jimmy Doolittle? ¿Los confites de cuatro mil kilos que tiraba la «Rafaela» y que también eran unos personajes que inspiraban pero que muchísimo respeto? No, señor. Los hombres del día allá abajo son Pito Pérez y don Lázaro Cárdenas. Y último botón de muestra o pincelada de despedida del cuadrado en diseño. En Madrid, en cuanto por las mañanas se despierta la gente, de cada balcón hecho un altar de alelúes, sale el chorro de oro de una voz fresca de jilguero, que gorjea: «En mi caballo retinto, he venido de muy lejos; traigo la «doctrina» al cinto, etcétera.» Los «gatos» son así. Se acuerdan aún con emoción del viejecito, que, cuando los mojamés subían con el fusil en brazos por la Cuesta de San Vicente y por el Paseo de las Delicias, empuñó el retaco, desempedró la calle para hacer una barricada y plantó en la cumbre de ella, además de su corazón, una escoba con un versículo del Evangelio que decía: «por aquí, no». Y, en efecto, por allí no pasaron.



«OS LUSIADAS»

Almirantes del Mar Océano.

La península ibérica es un vivero de naciones y de culturas. Y una Babel de lenguas. Por lo menos se hablan en ella cuatro bien caracterizadas. Los que la llamaron las Españas sabían muy bien lo que se decían. Los occidentales nos han parecido siempre los peninsulares más listos. Fueron los primeros, adelantándose a México y a América, en romper con la monarquía austroborbónica y con la Inquisición. Sin duda, por ello y curándose en salud, la República reconoció las autonomías de Cataluña y de Vasconia y estaba en vías de sancionar la de Galicia cuando la asesinaron. ¡Sabia política, la de asegurar la unidad en la variedad por medio de fueros y franquicias! Las Españas hermanas se han de eternizar así y no oprimiéndose las unas a las otras. Los lusitanos se cansaron de que sus vecinos les tomaran el pelo, con bromas de tan buen gusto como aquella de las cuatrocientas patas de caballo y la de «admiróse un portugués, etc.» y mandaron a los chanceros de mala sombra a embromar a sus propios hidalgos, lo que ya era chiste. De ese modo, Portugal, navegando por su propia cuenta, se agenció un imperio y dio en el siglo XIX a la Europa asombrada un poeta como Guerra Junqueiro, un novelista como Eça de Queiroz, un historiador como Oliveira Martins y un dibujante como Leal da Cámara, cuatro celebridades que justifican ellas solas la existencia y la independencia de un pueblo y con las que es dudoso que puedan parangonarse las de las otras Españas de la misma época.



VASCO DE GAMA DESCUBRE A RUSIA

Alborada que rompía.

Tropezamos por primera vez con el lápiz de Leal, en un número de «L'Assiette au Beurre» dedicado a Alfonso XIII a raíz del ferrericidio. No se ha delineado nada más implacable que los trazos vengativos con que el gran dibujante lisboeta caricaturizó la trompa borbónica y la quijada hapsburgoforense del Rómulo Augustulo español. A las pocas semanas, el mismo pasquín parisién se encaraba con la Rusia autocrática y con su sangriento zar, consagrándoles también un número entero de la publicación y confiando el desarrollo del tema al flagelador del XIII precitado, que se superó a sí mismo y que echándose a bogar, como Cabral o como Gama, por el mar tenebroso del alma rusa, dibujó una serie de cartones verdaderamente sensacionales. En uno de ellos aparecía el Padrecito de los mujiks colgado de un cordel pendiente del travesaño de una horca. El pueblo tiraba de la sirga, diciendo: «Sube, sube, Nicolás. Dios te reclama en las alturas». Otra estampa representaba un banquete que iba a celebrarse en el emperio y al que asistían Luis XVI, Carlos I de Inglaterra, el emperador Maximiliano y otros rajás tan queridos de sus súbditos como los que se acaban de enumerar. Uno de los comensales, a la hora de empezar el festín, preguntaba: «¿No nos sentamos?» Y otro respondía: «No. Estamos esperando un huésped, que ha de llegar de Rusia».



«SIC FATA VOLUERUNT»

Madre de la Humanidad nueva.

Para acabar. Un tercer «pamphlet» —espeluznante por lo profético— figuraba un mar de sangre, en medio del cual un gigantón —un Adamastor de Moscovia— levantaba un recién nacido —la patria redimida, el proletariado emancipado—. Y al pie corría un versículo, que rezaba: «El destino quiere que las nuevas vidas nazcan entre sangre».



«ACTA EST FABULA»

Desenlace previsto.

No hacía falta ser profeta para augurar un fracaso ruidoso al amigo Mohandas en su práctica yeyunatoria. Nunca se ha conseguido en la tierra nada por medios tan fútiles como la cibaria abstinencia y la vía contemplativa. Los imperios se han forjado en el yunque y solo a golpe de fuego y martillo se puede cambiar su estructura. Son armazones de hierro y cemento, sordas a todo sentimentalismo y a todo sermón. Y es de una majadería que deja alorado, creer que lo que ha hecho el alfanje lo van a deshacer los votos políticos o religiosos. Ni siquiera para lograr el miserable resultado de que se deje sin efecto una detención gubernativa aprovecha esas mojigangas. Ningún celular ha alcanzado otra liberación que la de su espíritu, desencantándolo y emancipándolo de la esclavitud de la materia, con la declaración de la huelga del hambre. Cuando al jefe de una Penitenciaría le notifican que uno de sus huéspedes no come, contesta; «Le alabo el gusto. Será para no intoxicarse. Si a mí me diesen para yantar esa porquería de pisto que a él le sirven, también le volvería indignado la espalda a tan repugnante bazofia». Y si es buen economista, celebra el chiste del plante, pensando que es una ración más que se ahorra la Administración. El imperio británico no se arruinará ciertamente porque uno de sus invitados acuda con puntualidad militar al toque de rancho. Ni la prosperidad de su hacienda depende de la inapetencia y los calambres de estómago de los pensionistas de sus reformatorios. Pero, como conflicto, el planteado por esa clase de anécdotas, inventadas solo para impresionar indios y *pour épater le bourgeois*, hacen llorar de risa y nada cabe imaginar más ineficiente y de más poco momento y sustancia.



CRUDIVORISMO

Remedio contra la artritis.

De regreso de su prueba dietética, como era lógico, el Gandhi se esponja y vuelve más fresco que el rocío matutino. De un torzón que le causó un hartazgo de carnero, reventó, como un triquitraque Mahoma, en edad avanzada. Y una bandeja de ostras devorada con excesiva avidez, puso en las ansias al general isabelino Narváez y le hizo morir por explosión. No pudo con el primero el filo del yatagán, y las balas estrelláronse contra la encarnadura paquidérmica del segundo. Y, sin embargo, un cólico miserere convirtió a aquellos dos rayos de la guerra en dos hediondas carroñas. Liquidada más gente la cena que Avicena. Los cementerios están llenos de lápidas dedicadas a viejos epulones, a quienes se extendió la papeleta de defunción como consecuencia de un atasco intestinal. El que come parcamente y bebe y vive con sobriedad, mata al médico. Y el que lava diariamente su budillo con jugo de naranja, logra una antigüedad más venerable que la de los Vedas.



SÁLVESE CADA CUAL A SÍ MISMO

Mártires de película.

Una cura inteligente a base de zumo de frutas es lo que ha estado haciendo el santón hindú, cuando sus feligreses pretendían sobrecogernos de terror, anunciándonos que el predicador de la no resistencia al mal y de la desobediencia civil iba a morir de un momento a otro. El virrey inglés del Indostán, que conoce sus clásicos, no se tomó jamás en serio al celebrante nudista y budista y a sus acólitos. «Chantajes, no», dijo con flema albiónica, seguro de que cuando el taumaturgo se cansara de hacer gárgaras e ingurgitar lavatripas, se arrojaría como una pantera de Java o un ligre bengalí sobre el plato de arroz con pollo castizamente preparado a la valenciana por el cocinero de Aga Khan. Era lo sensato y lo que hubiera hecho cualquier hijo de vecino sin pretensiones de líder, de apóstol y de enviado celeste. Y como el susodicho humorista inglés presintió, ha sucedido. El hombre de dios, cuando consideró que su arrugado pergamino llevaba ya bastantes días de estar en remojo y que por la escala de Jacob de sus costillas iba a subírsele el alma al empíreo, mandó a paseo a los badulaques que esperaban su estallido al pie del micrófono para avisárselo al mundo consternado, y dijo muy cuerdamente que continuara el ayuno Papús y que el que quiera redimirse lo haga con su propia sangre y con su propio sacrificio.



EL PECADO DE PROUDHON

Expolio original.

Hay un sincronismo o sintonización cronológica entre la situación jurídica del terruño y la de los seres que de su sustancia viven, que ha llegado a constituir una ley de la evolución de nuestra especie. La condición del agro y la del agricultor son correlativas e interdependientes; se corresponden como los términos de una ecuación. La suerte que corre la gleba nos da por definición, con rigor lógico, la noción del estado civil del glebario. La fortuna de uno y de otra son inseparables. A la época en que el suelo es pura presa latrofaciosa, mero botín pirático, pertenece el ciclo viacrucial de las ruralías, el período torvo en que el bracero o el jornalero agrícola no es más que un destripaterrones, que trabaja bañado o nadando en sudor y que cobra el precio de su fatiga en ochavos morunos. *Latifundia perdidere Romam*, escribió Plinio, si no nos traiciona Mnemosine. Los terratenientes fueron la causa de la ruina del imperio de granito que fundó Cincinato, que era labrador. Catón, que paró en icono de la gentilidad y que pasa como el símbolo de la virtud antigua y de la integridad sin tacha, no tenía más que treinta y cinco mil esclavos. En medio de esta borregambre capitisdisminuída quemó su vejez dorada, estudiando el griego y pidiendo la destrucción de Cartago. *Delenda est etc.*



USURPADORES A LA GREÑA

Dos fardos pesan más que uno.

Y como toda la doctrina conviene en que para los pecadores de escalera abajo y los viajeros de tercera clase no vino el Mesías al patio a tragar quina; y es postulado ecuménico de los cabildos de uno y otro fuero que para el galeote que rema en el surco *redemptio nuila est*, el medievo monástico no fue con el gañán más caritativo que el Antiguo Testamento. En el mundo pagano llevaba el paria a caballo al encomendero «in partibus»; y después de Belén y del Gólgota, se le subió a la grupa Caifás. El castillo y el Duomo eran en verdad demasiada carga para una sola acémila. El derecho de prelibación, que tan dulce encontraban los abates, sabía a rejalgar y olía a cuerno quemado a los pecheros. Los abusos y malos usos del privilegio señorial y del monopolio feudal han llegado hasta nuestros días. Se cobran aún en no pocos sitios y en formas diversas primicias y diezmos. La primicia es la traducción al romance de la «*prælibatio*». Eran unos mosquitos los lingüistas inventores de tales nominativos. Y aun se relamerían y se rechuparían más los golosos Colones de tan beneméritos descubrimientos.



MÉXICO, MENTOR Y RECTOR

Restitución revolucionaria.

Un Estado con otros Estados, con taifas e islotes incontrolados dentro de él, no podía gozar de un equilibrio más que muy precario e inestable. El pobre Gabriel Miró llamaba a una pensionceja que le pagaba la Diputación alicantina «mis rentas provinciales». Ese momio, por su ineffectividad e inverosimilitud, era casi una entelequia. Pero no lo es la arrogancia de los Faraones, que llaman a las posesiones territoriales que detentan y a los predios inmensos de que por toda suerte de artes de Malabar se han hecho amos, «mis estados, mis dominios». Muchos de esos imperiúnculos no son más que eriales: yermos, focos de langosta; cazaderos, inundados de roedores que devastan las viñas vecinas; dehesas de reses bravas, potreros; en una palabra, torroco virgen, apelmazado y sin roturar. Sus dueños son perros del hortelano, que ni hacen ni dejan hacer. Para ellos la tierra no es la esposa fecunda, la compañera de todas las horas y de todos los afanes de su vida, sino el capricho efímero de unos momentos orgiásticos, el pavo real que se lleva a hacer la rueda a los salones, o la tributaria y la aliada y asociada a que el rodrigón se acoyunda para vivir de su vilipendio. Basta. México, con su sabia, atrevida y humana política ejidal, da una lección al mundo y está enderezando los rumbos torcidos de la Historia.



MUNDO SIGNIFICA LIMPIO

Abril mancebo.

Conmueve esta consagración y dedicación especial del mes de Abril a la limpieza. Abril galán, mes del aseo. Nos parece esa democrática humorada una manera insustituible de santificar los días. En el más viejo almanaque. Abril —«Aprilis», de «aperire», abrir— inauguraba el año. Después le metieron delante un portero —«Januarius»— y un toca-campanas —«Februarius»— que pone los sesos boca abajo a los que nacen bajo su signo. Y nada digamos del amigo «Martius», mes de las ventoleras, en que el cronista vio la luz y por ello, sin duda, salió tan arbolado. De cualquier manera que esto último fuere, empezar el año barriendo el portal y lavándose la cara y la conciencia, no puede ser cosa más laudable. Baltasar Gracián, *mon grand patron*, nos recuerda con irrefutable oportunidad que mundo quiere decir limpio. Por tanto, a limpiar; a empuñar la escoba y a dejar la casa como el oro. La primavera es la juventud del año, y Abril es la juventud de la primavera. En este mes pensaba Sandro Botticelli cuando vistió a aquella de flores. Abril es un garzón garrido, un mozo pulido. En él culminan el aseo y la belleza, que son dos personas distintas y una sola gracia verdadera. La limpieza es, efectivamente, un heroseamiento de lo natural inacabado o que se nos presenta en bruto. Los latinos llamaron a la belleza «forma» y a lo galano «formosus». De donde, hermoso. Y la forma no es más que un pulimento, un misterio revelado, un valor valorizado y desbastado. Tallar un diamante es redimirlo de su grosería mineral, para hacer nacer el día en él, sacar su corazón a la luz, darle cara y ojos.



MADRINAS DEL ASEO

La limpieza es media vida.

Lo de nombrar patronas del aseo también ha sido una ocurrencia feliz. Nuestros santos modernos son esos precisamente: el zapatero que nos calza, el «Sartor resartus» que nos viste, el panadero que nos amasa el bollo. No hay oda que valga un bolillo o una telera. Los humildes obreros de la higiene —el enjalbegador, la aljofifadora, etc.— lo son de la salud y de la vida. Son artistas desconocidos y preferidos. Quien limpia, crea belleza. El betunero con su bayeta y con su grasa vibra resplandor como Júpiter, extiende los dominios del sol, nos pone en los pies dos espejos para mirarnos la cara. El que nos cepilla nos quita de los hombros peso inútil, nos comunica ingravidez y angelicalidad. El fígaro y el «coiffeur» nos remozan, reverdecen nuestras ilusiones marchitas, convierten un guiñapo arrugado y bisunto en un tarro oloroso. Todos esos beneméritos hervidores nos mejoran sin duda, nos educan en cierto modo, extraen de nosotros —«educere»— las ocultas visibilidades: un maestro no tiene otra misión. Con su paciencia sin límites dicho operariado «recrea» o crea de nuevo al hombre, lo revaloriza; a un pedazo de alcornoque le da prestancia y presencia arcangélicas y exterioridad trascendente e inspiradora de amor. Una madre no hace otra cosa.



AMÉRICA Y SU SANGRE MOZA

«*Mundi Novi*».

América es la juventud de la civilización. Habitamos un continente hidroterápico, un hemisferio que se lava y se baña. Reverso de Europa, hórrida estantigua, vieja lazarina a la que la lúe roe. En el viejo mundo América está llamada a realizar una labor de drenaje, de desescombros, de policía y de saneamiento magníficos. Ha de dragar bajos fondos, despejar los establos de Augias. Ha de quitar las telarañas de que está encortinado aquel desván. Ha de transformar la irrespirable sentina en un tocador. La tiranía es ante todo una suciedad. La superstición, otra. La ignorancia, otra. La cultura y el cultivo son dos lociones, dos fricciones, una doble desparasitación. Al hombre, al pueblo y al mundo hay que mundificarlos y hacerles la «toilette» y darles un fregado y un barrido imponentes, altamente ejemplares. La limpieza es media vida, reza un proverbio que instalamos en el piso superior. No, la limpieza es la vida sencillamente, Vivir en una cloaca es morir.



UN PAISAJE DE OKUSAI

Le llegará su San Martín al Japón.

El mundo euroccidental, podrido de epicureísmo y de literatura, y con cortinas de perenne y renovado humo ante los ojos, se había forjado del imperialismo del Sol Naciente una idea que no podía ser más convencional y más reñida con los datos suministrados por la fría razón y la austera ciencia de los logaritmos. Para los que eran presa —la «élite» de la intelectualidad— de los enervamientos capuanos y se bañaban la barba en las delicias de Síbaris, los dilatados dominios del hormiguero amarillo no eran más que una estampa de Okusai. O sea, que ese trozo de complejo humano y del misterio inquietante de Oriente lo integraban los siguientes elementos: hombrecillos de orejas de murciélago, que comen arroz con un mondadientes; geishas de pasito corto y ojos almendrados, con lagartos gigantes bordados en el kimono; palios de crisantemos flamígeros y de cimbreados bambúes; shogunes y samuráis, que se hacen el harakiri porque a su celeste señor le duele un callo; princesas de porcelana, que responden al bello nombre de Flor de Cerezo; etcétera, etc. «El Japón heroico y galante» de Gómez Carrillo es la Biblia recopiladora de errores tamaños y el documento notarial más fehaciente de nuestra desaprensión.



KOTOKU Y LOS DOCE

Idealismo crucifijo.

Y, sin embargo, el cielo o nuestra buena estrella o los genios que la antigüedad suponía que eran al hombre propicios, no cesaban de enviarnos correos anunciadores de la tormenta de que se estaba preñando el futuro. Un día, el cable nos horripila con la nueva de que el doctor Kotoku —el Liebknecht amarillo— con doce compañeros suyos —doce apóstoles— son condenados a muerte por sus ideas y colgados en las calles de Osaka o de Yokohama de otras tantas horcas. Poco después, llega de allá el mensaje espeluznante de que casi un Consejo de Ministros entero ha sido asesinado por una maffia militar cuando sus miembros dormían tranquilamente en la cama y únicamente por no secundar con bastante entusiasmo los planes invasionistas de la camarilla que rodea al emperador. Las informaciones que del Extremo Oriente se obtienen a raíz de estas truculencias, aumentan la ansiedad de los escasos espíritus vigilantes y de los raros hombres de Estado a quienes la sangre no se les ha dormido en las venas.



EL DRAGÓN NEGRO

Encamisados fatídicos.

La Camorra ultrarreaccionaria del Dragón Negro —vasta conjura de palatinos y de bonzos y otras fuerzas tenebrosas para llevar adelante el programa de la Gran Asia Oriental— tiene esparcidas por todo el Imperio treinta mil logias integradas por fanáticos de la peor ralea, encargados de suprimir por el puñal o por el veneno a quien estorbe. Catecúmena de Prusia y de los jesuitas, esa temible facción va derecha a la conquista de China y la India y a la expulsión del capital extranjero de todos sus atrincheramientos asiáticos. Con la mente posesa y enferma de dicha obsesión y la mira clavada en ese objetivo, el ultrapatrioterismo, que ha logrado hacer esa manía carne hasta de las capas ínfimas y más miserables del vulgo, consigue también que los astilleros trabajen a todo vapor y que las fábricas de armamento de Mitsui produzcan a todo gas.



EL TELÓN, AL FIN, SE CORRIÓ

Lo veían venir los ciegos.

Después de esto y a la vista de tales antecedentes, ¿cómo asombrarse del salto de jaguar nipón sobre la Bahía de las Perlas y sobre el «Prince of Wales» y el «Repulse» anclados en Singapur? Se ha hablado de traicioneras celadas y de tácticas sorpresivas. Y aquí solo hay una cosa que dejó patidifuso y es el chasco de los papanatas que creían que eran un país de abanico y un escenario de égloga esa yunga salvaje y ese bosque poblado de fieras aviesas que es el moderno Japón.



LA RECÓNDITA INTIMIDAD

Argonautas a Utopía.

La historia de la música es la biografía del gemido humano. Desde el alarmino al lamento, los gritos del alma herida recorren todas las líneas del pentagrama. El amor, el sentimiento religioso —sed de infinito— encuentran en el mundo de la armonía medios de expresión que no les ofrecen la palabra, la línea y los colores. Y lo propio le ocurre al afán que nos atosiga de circunscribir lo ilimitado, de hallar moldes y formas en que plasmar las nebulosas de lo vago y de lo inconcreto. La emotividad exacerbada alimenta a la lira y enardece al cincel, y raras son las sacudidas y trémolos del corazón que tengan libre curso en el campo de las realizaciones artísticas. Un solo sentimiento ha vivido en la el pecho a través de los siglos. Y a esa víctima de la suspicacia policlandestinidad casi siempre, ha ceñido que ser sofocado y ahogado en cíaca ha sido el amor a la libertad. Para todas las extravagancias profanas y místicas han contado con las licencias del Ordinario prosista y poetas, menos para explayarse y desahogarse en la dirección a que nos acabamos de referir y para atacar motivos cívicos. Al candelabro ruskiniano de los siete brazos le faltaba, en consecuencia, una lámpara que mantuviera viva la llama de la protesta de las patrias irredentas y de los entes inmanumitidos. Se necesitaba un elemento altamente inmaterial para exteriorizar lo inefable, y ese recurso lo proporcionó Euterpe.



CORAL DE LA PROSCRIPCIÓN

Los suspiros hienden y encienden el aire.

Israel canta en la cautividad el salmo «Super Flumina Babylonis», porque no puede exhalar de otro modo el lastimero plañido que le arrancan sus penas y en que traduce su nostalgia. Teutonia, siempre a los pies de los caballos y con la carne bajo la cuchilla de sus mondongueros, se agarra desesperadamente para no perecer, a la tabla de salvación de la chaladura de sus filósofos, y a la genial inspiración de sus compositores. Lo más conmovedor y entrañable que haya sido puesto en solfa jamás, vibra en algunos pasajes de «La Pastoral», de «La Heroica» y de «La Patética», de Beethoven. La pasión dolorosa del mujik en la Rusia de los zares de hierro y de los autócratas de derecho divino clama justicia en los aullidos de lobo estepario que lanzan sirgando los remeros del Volga. ¿Y quién ha hecho llorar más sangre al violín que los maestros y los ejecutantes polacos? ¿Qué Garibaldi tiene en el brazo la fuerza de las batutas de Italia?



AÑORANZA Y SAUDADE

Sardana del ostracismo.

El Orfeo Cátala de México ha dado el domingo último en Bellas Artes un concierto magno. Cataluña ha hecho de la música, como todas las nacionalidades crucifixas, si no un arma de guerra, una puerta o poterna de evasión del calabozo en que yace sepultada. Toda la música española —tan vernácula y versicolor— nace bajo ese signo de dramaticidad y tiene ese sentido libertario y ha surgido de la médula misma de la fatalidad que se ceba en raza tan insigne. Cataluña, Euzkadi y Andalucía puede que sean las regiones en que dicho «pathos» trina más desgarrador. En la Bética el triple «¡ay, ay, ay!» del cante jondo está preñado de desespero; mientras que en el Norte y en el Nordeste la copla popular es dionisiaca y fáustica, crítica y demoledora, bélica y vengativa y está rimada en el metro de los yambos de Arquíloco. En los coros de Clavé tienen, sin duda, su antecedente necesario los Sindicatos Únicos. Y había que oírle, cuando estaba de vena, al seráfico Santiago Rusiñol entonar canciones sacrílegas como «Patera», de Juan Ferrer; «Beven aigua beneita» y «¡Deo vos guard, mestre Joan!» El canoro filomela, de apellido y de hecho; pintor, novelista y dramaturgo laureado a base múltiple; millonario desde que se le cristianó y hombre feliz si hubo alguno; panida faunesco y dralático en fin, cuando el numen de la herejía civil y el demonio de la canción rebelde se apoderaban de él, perdía su angelicalidad mediterránea. Se convertía en un bardo de arrabal y ardía en santas iras como un poseso.



VEINTIDÓS CALABOCITOS TIENE LA CÁRCEL DE UTRERA...

Estamos entre caballeros.

Leemos nuevos e incalificables desafueros y tropelías, cometidos en España por las gavillas de Falange ¡hasta con las mujeres! Véase la relación que a la vista tenemos, libelada por una señora. «En la cárcel de Gerona, hace algunos meses, la carne lilial y la sangre adorable que dan vida a los hijos condenadas a reclusión monjil subterránea, se hacinaban y fermentaban pútridamente. Había ergástula allí, que repelía con la náusea emanante de una gusanera y que era un sardinero en descomposición; un bote reventado de miseria lazarina, que mareaba y echaba para atrás al menos aprensivo». En otros detalles de los horrores sentados en el relato que se menciona no entramos, porque son ininsertables en estas páginas y porque nos han segado en la garganta el resuello. Baste decir que no son ellos más que nueva edición, corregida y aumentada, de los que se perpetraron anteriormente con las doncellas de Carmona y las Mimí Pinsones de Badajoz —pienso de harén tirado al moro—; y continuación de las inferidas e infligidas al sexo mártir en forma de flagelaciones, cortes de pelo, purgas de ricino con subsiguiente exhibición callejera de los efectos del drástico y otros vejámenes e insultos al pudor femenino, que oprimen el corazón y le hacen a uno deplorar la triste hora en que vio la luz.



MADRE DEL AMOR HERMOSO

«*Tota pulchra es*».

Toda la civilización, todo el arte no son más que un esfuerzo sublimador; un torneo de exaltación, hermosteamiento y divinización de la mujer. Al trato brutal que el zarismo daba a las madres rusas —madres en potencia o en acto— respondió el pueblo con aquel delicado refrán, que decía que no se debe pegar a la mujer ni con el pétalo de una flor. España es la cuna del Héroe manchego y, por tanto, tierra de caballería y de cortesanía de la mejor ley, de ternezas, y finezas galantes y de culto a la belleza viva y a la Venus de morena tez. El piropo es un homenaje a la gracia de la Maja goyesca, que pasa sublevando corazones con su juncalidad y alborotando al mocerío jarifo y regando la calle de luz. García de Paredes, viendo que una joven garrida, a la entrada de la iglesia, no podía vencer los apretujones que la impedían avanzar y acercarse a tomar agua bendita, arrancó la pila del suelo y se la llevó a la beata gentil, para que se bañara en ella si ese era su gusto. En plena calle de las Sierpes, torerones y rehileteros tiran la coleta y la capa a los pies de las picantes sevillanitas, que hechas con rabos de lagartija parecen por lo nerviosas. En Castilla, en las noches hiemales loberas se ve a los mozos circular por las calles del lugar con la manta y una larga escalera al hombro. La escalera la ponen al pie de la ventana de su martelo, trepan ágilmente por los travesaños y en lo alto de la pared están los dos tórtolos pelando la pava hasta que amanece. Finalmente, en Aragón, el maño que está encelado, guarda con el trabuco a cuestras la boca de la calle de su cariño y no deja pasar guitarra ni ronda por delante de la casa en que anida su amor.



BROCHE PARA CERRAR

El rufián y el hidalgo.

En cierta ocasión, entró una pareja endomingada en un aguarucho de Madrid a refrescarse. Un tipo de atravesado mirar, que hacía el Cid Campeador con cuatro compinches en un ángulo del establecimiento, se acercó al mostrador y ordenó como un César, con claro aire de buscar pendencia: «Un quince para el sobrino de mi tía y otro para este caballerito». El aludido era el Cayo que acababa de traspasar el umbral, acompañado de su Caya. El galán declinó el convite, apartando la consumición ofrecida lejos de sí. «Estimando. Morapio a mí a estas horas no me cumple». «He dicho — insistió el Fierabrás— que esa tacita de caldo glorioso es para usted y usted se la sopla como en la lactancia». El embromado tan pesadamente miró a su compañera, ahogó un rugido leonino y se tragó aquella purga. Enseguida arrastró del brazo a la novia a la calle, la depositó sin ceremonia en su casa y no habían transcurrido cinco minutos, cuando, solo ahora, reapareció y se precipitó como un bólido en el libadero. Los cinco bigardos estaban aun allí trasegando copiosamente, en celebración de la hombrada de su capitoste. El bebedor y por fuerza y por ahorrarle un susto a su amiga, venía con una cara aterradora, con la faca empalmada y en la actitud fácilmente presumible. Con fingida cachaza se acercó al complaciente botilero y díjole con pausa sardónica: «Un enjuague para mí y un quince con seltz y esto que yo le pongo —y escupió en el vaso— para ese desperdicio humano que está ahí muerto de canguelo». Preparado el coctel, el que pagaba ahora se lo sirvió en la hoja de la navaja al mozo crudo, quien se lo echa al pecho sin respirar y sin decir oste ni moste. Hecha justicia y liquidada la cuenta, el que llevaba en estrados la voz cantante plegó la lengua de vaca parsimoniosamente y sentenció con salomónica propopeya: «Para que aprendas a respetar a las damas».



COSECHA DE FIASCOS

Derrota de pedantes.

Como dos bueyes uncidos a un mismo arado, quiso el pangermanismo hacer andar la Welt Kultur del brazo de la Welt Politik. Un sagrado imperio romano-germano en lo material debía sintonizar con un pontificado infalible e indiscutible en lo espiritual. No incurriremos en la palurdería —tan frecuente en las sinagogas científicas de la Ultra Rhin cuando calibran la potencia de fuego de las armas ajenas— de negar la importancia de la contribución aportada por el pensamiento alemán al acervo intelectual moderno. No constituye, sin embargo, ninguna temeridad afirmar que el estanco de esas actividades a que modestamente aspiraban los centros de trabajo mental alemanes ha fracasado en toda la línea, como el otro monopolio a que aludimos al principio. Orgullo es una palabra que, según don Ramón Menéndez Pidal, debe el léxico castellano a las invasiones o incursiones tudescas en nuestro idioma. Ya Macías Picavea había aclarado que la «morgue» española, tan satirizada por los franceses, había entrado en España con Carlos V y que era mucho más risible la fanfarria cyranesca y gascona. Doscientos años de austriacismo dinástico era preciso que dejaran de Pirineos abajo alguna huella o reliquia. Y las que dejaron no honran que digamos al Osterreich, como vamos a ver a continuación.



HEZ MILITRONCHA

Lansquenetes no académicos.

Hemos hablado de invasiones filológicas de Alemania en España y no nos hemos expresado con propiedad. El castellano, más que invasiones del alemán, lo que sufrió fueron correrías o algaradas del mismo, en que la calderilla que sembraba valía desde luego mucho menos que los ducados con que arrambló. Recuérdese que, aparte de los dos siglos de monarquía austriacante, padecieron durante más de la mitad de ese tiempo los soldados de la Península el roce con los mercenarios tudescos en los Tercios de Flandes. Y andando en tan malas compañías, la crápula heroica de Alba y de Farnesio por fuerza había de envilecerse más de la cuenta y de lo que lo estaba por su arriesgado vivir. Cuando menos la jerigonza, de sí presidial, que aquella rijosa soldadesca mascullaba, salió más estropeada todavía con los tratos de que estamos hablando. El argot barriobajero se enriqueció en tales trotes tan milagrosamente, que de entonces parece que data en tierra de garbanzos a la coprolalia —en griego, estilo letrinal o estercoreario— apellidarla, decimos, lenguaje de germanía.



«PERFUNDET OMNIA LUCE»

Conquista del bajo fondo.

Pare mientes el lector en los siguientes curiosos detalles. El verbo robar es una aclimatación meridional del septentriónico «rauben». El vocablo sayón nos lo regaló también la Santa Vehme hiperbórea. Y casi todo el nomenclátor hispano de tasca, de hostería y de cuarto de banderas constituye una triple penetración de los reitres que seguían al águila cesárea, en dominios que debieron estarles vedados. En materia de guerra la voz inicial ya es un germanismo. Pero, lo son, además, yelmo, espuela, dardo, kepis, vivac, sable y otros muchos. La jerga tabernaria y dipsómana la esmaltó la chamberga aventurera de que se hace mérito, con piedras tan preciosas como escanciar, guisar, cerveza, chop, kirsch, etcétera. Y paren ustedes de contar. En castellano hay raíces celtas, caldeas, árabes, hebraicas, sirias, iránias y no hay que decir que griegas y latinas que abarcan los más dilatados campos de la carne y del espíritu. Las lenguas consanguíneas —francés, italiano, etc.,— han entrado por la puerta grande igualmente en el habla de Castilla. El alemán, en cambio, no ha podido meterse ahí más que por la gatera e instalarse en los campamentos, en las cantinas y en los penales. Cada uno se coloca a sí mismo o acaban por sentarle o situarle los demás en el lugar que le corresponde.



LA PIEDRA QUE RÍE

Hielo caliente.

La escultura griega se pretende que fue labrada bajo el signo de la serenidad. Esa temeraria afirmación no es más que un tópico. De Taine o de quien presente los títulos legales que acrediten la paternidad. «Pater est quem justæ nuptiæ demonstrant». Tópico y lugar común el citado, de los más manidos que por ahí circulan. Anuncio o aviso que insertamos por cortesía: «Urge un intérprete de la antigüedad, que desarrolle las siguientes tesis: Primera, el arte clásico rezuma resentimiento y rencor, y es natural que así fuese, porque ni en Grecia ni en el Lacio hubo jamás un alma sensible que tuviera serenidad. Segunda, el Derecho Romano no es hijo de la clemencia patricia y de la sabiduría de los jurisconsultos, sino de la cólera tempestuosa y la rebeldía indomable y las continuas insurrecciones de la plebe. El que pruebe por «a» más «b» o «more geométrico», como decía Spinoza, esos dos teoremas, recibirá como premio la inmortalidad». Pero, *revenons aux moutons* con nuestro amigo Panurgo. A lo que estamos, tuerta. La helénica escultura no la concibió la serenidad, sino que la parió la «eironeia», el «fervet jecur» de Persio, la bilis o hiel recocida carlyliana que se desbordaba del hígado, pero que había que represar y reprimir. La serenidad de Lisipo y de Escopas no la caza ni un galgo. La de Praxíteles siempre estuvo en tela de juicio, *in judice lis est*. En cuanto a la de Fidias, hace pensar en las carcajadas homéricas que no eran la nietzscheana expresión del júbilo de los vencedores celestes, sino versión fiel de la risa sarcástica, arrancada a los hombres por la pandilla de pocapenas que habitaba el Olimpo. En un mundo en que se daba la cicuta a Sócrates y se condenaba a Arístides al ostracismo, la Victoria de Samotracia tuvo que quedarse áptera huyendo desalada de él, y la Venus de Milo se rompió sin duda los brazos abofeteando a la canalla idolátrica y profanadora de toda belleza.



EL BRONCE QUE HABLA

Hierro animado.

La entrada en la Plaza de la Señoría de Florencia se imprime indeleblemente en el corazón y deja en la memoria una huella imborrable. Una estatua de Miguel Ángel, otra de Donatello, otra de Juan de Bolonia y otra de Benvenuto Cellini os dan el «wellcome». Las muchachas de la Ciudad del Lirio no creen que se empañe el de su pureza, contemplando los más prodigiosos y descarnados desnudos: Al contrario, es tradición entre ellas que el bebérselos con los ojos hace concebir criaturas de «élite»; que, mirando a las bellas estatuas, es como se tienen hijos estatuarios. El «David» del Donatello y el «Mercurio» de Juan de Bolonia por fuerza han de ponerles a las doncellas la sangre en ebullición y han de poblar su magín de sueños fascinadores. La Señoría florentina, como alguna otra del Adriático o del Arno, fue llamada también la Serenísima. Lorenzo el Magnífico tendría sus ratitos de apacibilidad, como cada hijo de vecino. Pero, no creía en las plácidas rumias el Dante, que envió al infierno de su Divina Comedia a todos sus enemigos —príncipes, Papas y otros condotieros de la época—. Y menos aún era un cordero de albos vellones Jerónimo Savonarola, el monje terrible que terminaba sus sermones encendiendo una hoguera imponente e invitando a las damas a arrojar al fuego sus galas y sus preseas. Ni era tampoco pratense o pradiel aquel Buonarroti, que rompía sus creaciones más geniales y daba a sus estatuas martillazos en la frente gritándoles: «¡Habla!»



LA MADERA QUE LLORA

Zarza ígnea.

Los santeros e imagineros españoles trabajaron materia más maleable que sus antecesores, los maestros del paganismo y del Renacimiento italiano. No es que el metal o el mármol se les resistiesen. A Berruguete y Forment no es extraña ninguna excelsitud, pero, hacía falta un material al que se pudiera empapar de lágrimas, y de ese dramático propósito surgieron las Dolorosas de Salzillo, los Cristos de Montañés y las tallas de Gregorio Hernández y Juan de Juni. España es, sin género de duda alguno, la precursora y la maestra indiscutida de la pintura trágica y de la plástica patética; de la escultura en leño policromado y en granito también y hasta cincelando montañas si se ofrece ocasión. De esta calidad sublime de arte es el «Bolívar» de Alfredo Just, que el sábado fue festejado en la Horchatería Valenciana. Bolívar no admite bromas pesadas ni ligeras. Puede tomársele el pelo al camastrón de Júpiter, pero no al ingente americano. No valía, pues, salirse por el tango de la serenidad o venirse con otros camelos y quiebras o chistes de la forma. A la figura magna del Libertador había que atribuirle su fisonomía auténtica, y Just no nos ha defraudado. Merece, pues, el homenaje que se le tributó. Ahora solo falta que al laurel que el arte conquista se le añada un poco de carne, porque de esos dos ingredientes, empleados en la debida proporción, se compone un guisado.



LIBRO PRIMERO DEL PENTATEUCO

Alta heráldica.

Por la puerta grande de la comedia de Francisco de Rojas, sin disputa una de las obras cumbres o maestras de las letras universales, entró en el acervo del léxico corriente ese personaje o esa personeja, que Cervantes consideraba tan imprescindible en la República como el caballero de más perendengues. Me refiero al practicante del celestineo, cualquiera que sea el sexo a que él pertenezca. «La Celestina» rojeña es el tercer Quijote, como quien dice el tercer pilar o pilastra de la castellana Etiestética. El primero es el Ingenioso Hidalgo manchego; el segundo, don Juan de Mañara y sus entenados; y el tercero, el que hemos dicho. Sin esta triple y máxima aportación a la cultura, aún hay que abonarle en cuenta al numen íbero la picaresca, la mística, el teatro, la pintura y Gracián, que vale por todos los otros, ya que él sólo es una edad de oro. Que quiten de la historia eso: la latinidad hispana —Marcial, Quintiliano, Lucano, Séneca, Trajano, Adriano y siguen las firmas ¡y qué firmas!—; la hispanidad árabe —Averroes, la Alhambra, la Mezquita, «and so on»—; el descubrimiento de este hemisferio occidental, 1936, y a ver qué resta.



NOMENCLÁTOR CIVIL

Los Grandes tienen muchos títulos.

El tipo de que se hace mérito —luego veremos el «quare» y el «cur»— tiene en el diccionario más apellidos que un portugués; más nombres que un soberano de esos, que entran a saco, en el almanaque el día que les echan el bautismo en vez de confirmarlo, y que no sabiendo el cura qué moto nuevo colgarles de la solapa, les pone, sin duda por rechifla, el divertido remoquete de Pascual Bailón. Y así y como es un catasalsas el aludido que en todo anda y que danza en todos los saraos, se le llama el entrometido, el mediador, el brígido, el tercero en discordia, el zurcidor de voluntades, el Curro Meloja arreglador de todos los desapaños, el correveidile, el oíslo, el zurupeto, el diplomata y otras, muchas cosas sabrosísimas. El pueblo, que no sabe de circunloquios y no es maestro de la perífrasis, de la voluta, el volatín y el arabesco lingüísticos, de nomina lisa y llanamente al funámbulo o acróbata del circensismo social en cuestión... bueno, me juego un cacahuete a que ya han pronunciado ustedes «in mente» la palabra. Con lo que me excuso yo de estamparla aquí. Y ustedes disculpen la cobosiana indirecta y la alusión tan cruda a un oficio, que como se insinuó designan en Arévalo y Fuente-saúco: o sea, en tierra de garbanzos, en donde la cosa y no el nombre hiere la pública sensibilidad y causa alarma al buen gusto.



ONOMÁSTICA Y PRAXIS

«Ex ungue leonem».

La riqueza verbal a que nos acabamos de referir, corresponde sin duda a la variedad de funciones que el susodicho títere en la feria o torbellino del mundo desempeña. No se puede, en efecto, pisar en la vereda una losa sin rozarle a él un juanete. Es el omnipresente auténtico; el periquito entre ellas y entre ellos, con el que siempre hay que contar, de cuyos buenos oficios no cabe prescindir y al que inexcusablemente se ha de pagar contribución. En la iglesia, en la Bolsa o la vida, en el mercado, en la avenida más amplia y en la crujía más angosta se tropieza con su sombra providencial, mala a ratos, buena en algunas ocasiones, útil siempre. Sobre «les tiers en Droit» hay escritos tratados doctos. Sin toda clase de comisionistas y corredores, en la múltiple red de comercios que complican e integran la vida no podríamos entendernos. Los hilos de toda la intriga amorosa y del retablo mundano se enredan entre los dedos de esos maese-Pedros apostólicos.



SEUDOPALOMOS PACÍFICOS

Vuestro humilde criado.

Pero, donde las estupendas aptitudes de nuestro protagonista tienen más maravillosa aplicación, es en la política en general, y singular y específicamente en la internacional. En este escenario, el marrullero que cantamos, opera no con la doble cara o careta de Jano, sino con las catorce mil muecas de un barbero que en mi pueblo había y al que apodaban Fotolipio. Nuestro hominico era polifacial, polifacético, polifásico, multifronte, plurirrostro y qué sé yo cuántas bicocas más. Cabalmente como estos fascistas de nuestro tiempo, que encienden una vela a San Miguel y otra a Luzbel; que tan pronto son belicistas a ultranza como pacifistas rumiantes; que tienen movilizadas militarmente hasta a las momias de los Sepulcros —«Debout les morts!»—, sin perjuicio de jugar el sainete de evangelistas de la paz eterna y agitar una hoja de olivo cuyas hojas atraviesa a cada instante el relámpago de la navaja cabriterera. Los tales angelitos tratan de dar el pago al diablo y a dios. Pero no engañan a nadie más que a sí mismos. Y si acaso al francés termal y de Vichy o de bambalinas, Cornelio Napote o Cornelio Tácito, que en plan de descacharrarse de hilaridad, se ríe hasta de su cerasforia. Y el que no entiende lo que digo, que se rasque el criterio y estudie a Heráclito, que fue el filósofo que habló el griego más profundo, que consiste en llorar de risa.



EL MITO DE ÍCARO

Bodas de plata del avión.

En los albores del mundo, en las más apartadas lejanías de la prehistoria, tuvo ya el bípedo implume de Platón el presentimiento de que iba a volar. Antes de que bilateral prurito le anunciase que en los hombros le estaban naciendo los instrumentos de su liberación, extrañas inquietudes lo atosigaron. Las cimas tiraban de él. Sentía la embriaguez estelar, la fascinación de la cumbre. Una voz interior, una música amfiónica halagaba el oído de nuestros ancestros. *Eritis sicut dii*, seréis como dioses le insinuaba la avasalladora tentación. El vacío y la prosa de la tierra eran su obsesión dolorosa y el motivo de su malestar permanente. La pasión de la altura los arbolaba. Ese afán de crecer y de crecerse los convirtió en escalatorres y les hizo construir la de Babel. De ahí ha surgido también la imponente fábrica de los «skyscrapers». Esa misma angustia incitó a Ícaro a probar fortuna como aviador, sin otra nave ni flotador aéreos que sus alas de cera, que, naturalmente, se fundieron y dieron al traste con el explorador audaz al herirlas los primeros rayos del sol. Igual locura ha aconsejado modernamente a otros temerarios a echarse a volar con un paraguas desde el «sommets» de la torre Eiffel. En el hombre debe haber algo de ángel y de divino cuando le punzan esas apetencias augustas. A semejante modalidad de nuestro genio se aferra la más escamada esperanza. La ilusión empírea, que se ha apoderado de nuestra mente, prende y apresa los últimos rescoldos de nuestro entusiasmo.



EL CARRO DEL SOL

Otro volátil fulminado contra las losas.

La cosa no vino de improviso, ni se presentó de sopetón. Manifestóse primeramente el sentimiento que nos ocupa por un simple afán de desplazarse. El vagabundo «globe-trotter», el pastor trashumante y el peregrino del báculo y las conchas de nácar son los «raiders» primigenios de nuestro poema. La victoria sobre el límite y la ahogadora constricción se va consiguiendo gradualmente. La sed persecutoria del horizonte remoto se acusa ante todo por una rabia caminera y andariega, que lleva al viajero impenitente a horcajadas sobre el óseo trapecio de los camellos a recorrer las vías sin fin. La sed de espacio y de azul así no se sacian. Y cansado el nómada incorregible de ir embarcado en sus botas de siete leguas, acomete nuevos periplos y se lanza a la arriesgada aventura del mar. Su hambre de alcanzar otros hitos, encuentra ahí momentáneo alimento y descubre nuevos continentes. Hasta que el supremo hechizo de lo insondable, del arcano planetario y de las extensiones no amojonadas lo gana de modo definitivo y se tira de cabeza en la sima de Copérnico, en el misterio galileano. Faetonte, el cochero del sol, estrellado contra los adoquines por un venablo de Júpiter, después de pasearse en su carro por todas las rutas intrazadas, ¿no es otro antecesor de los sublimes pilotos de nuestros días?



LA DEMOCRACIA ALIGERA

Atracción astral.

Cuando estalló la guerra que a la libertad hizo Hitler, el pesimismo más negro mordió en determinadas conciencias. La democracia cebada que prevalecía a la sazón, atenta exclusivamente a su autoengorde, parecía madura para el sacrificio. El burgués barrigón, la cetácea e hipopotámica Mariana, animales de mirada vaga y baja ambos, no cabían de plétora en la piel. Su pulpa y sus grasas llamaban al lobo. Sobre ellas caerían las fieras rugiendo. La voluntad quería reaccionar contra impresionismos deprimentes, pero fuerzas mayores se lo impedían. Los días de Nínive estaban contados. Y la res publica acaba por topar con lo que buscó. No en vano se experimenta la repulsión del éter y el pavor de lo abismal. El relieve del plano anterior y de su contra-plano adhieren al suelo. La dorsal ponderosidad hace gravitar fatalmente hacia la perdición. El águila de otros tiempos se ha convertido en tardígrada oca, en buchona palmípeda, en granívora gallinácea, adscrita a la incubadora y a la percha. Eran, sin embargo, todos estos cálculos pitagóricos y tabulares cuentas galanas; eran por fortuna solamente una pesadilla, un mal sueño de hipocondríacos. Nada más un letargo profundo agarrotaba al ave caudal. Salió ésta del soponcio, en efecto, cuando llegó la hora y desplegó majestuosamente el moaré de sus plumas. Y ahora, gallardamente, muestra el vigor de su pico y el incontrastable poder de su garra.



PRIMARIO

14 de Abril líder.

Hará un cuarto de centuria —comentario de los viejos: «cuatro días»; ídem de los jóvenes; «desde entonces ya ha llovido»— media docena de hombres animosos quisieron repetir en España el milagro de Moisés, golpeando la roca hostil con la varita mágica de todos los taumaturgos y haciendo brotar de aquélla un chorro de agua viva. Más que profetas y quiromantes, aquellos aborígenes eran personajes de Meunier. Ya me habéis comprendido. Partían de la base de que la palabra es una simiente; de que hablar es un acto genitivo y de que escribir es llorar; mejor dicho, es algo más grande todavía, es desangrarse con el pecho abierto sobre las cuartillas. Otro artículo insobornable de su credo y del que nadie hubiera podido apearles era éste: la tierra tiene siempre hambre de crear. Con el bagaje de ese decálogo, los novadores a que aludimos, se embarcaron en la ruda empresa de torcer el curso de la historia de su país. El panorama que en torno suyo se extendía no era alentador, sin embargo. El suelo era un glaciar; el cielo, una brumosa petrificada; el aire que bebía el pecho era un mensajero de pulmonías. Los labradores de las anteriores promociones, que cansado de luchar con el erial ingrato, habían clavado en el terruño la azada y se habían tumbado en el surco, decían como Bolívar: «Hemos arado en el mar». Otros pesimistas negros les gritaban: «Sembráis en las piedra, echáis el grano a los gorriones». En fin, no faltó el cupletero de tanda, que se salía por el garrotín de «Mi madre me predica y yo le digo: ¡Ay, mamá mía! Predicar en desierto, sermón perdido».



FLOREAL

Estreno diario de una voluntad nueva.

Pero, no. Nada hay más reñido con la verdad que lo que el pirronismo escéptico y la crónica hipocondría de los fracasados suponen. Don Quintín el Amargao, da en la herradura con más frecuencia aun que el doctor Panglós. No vivimos en el mejor de los mundos posibles leibniziano, pero menos todavía en el frasco de Bitter que pretenden los biliosos. *In medio, virtus*. Y, en fin de cuentas, vale más echarse a la esperanza como amante, que acostarse con Casandra o compartir el lecho de culebras de las Erinnias. El mito de Pigmalión se reedita cada mañana. El artista que se desposa con su obra y se la hace íntimamente suya por el fervor con que la saca de la nada, acaba por vivificar el mármol. Y cabalmente eso fue lo que ocurrió en España, en la época a que nos estamos refiriendo. El hielo, la escarcha, la niebla, todos los maléficis meteoros que el invierno en su seno incuba, fueron vencidos por la fe de los que creyeron en la maternidad imperecedera de la arcilla y de las razas. Y así un día, quizá cuando el corazón se lo anunciaba menos, el aspérrimo guijarral cubrióse de verdor mozo y el altiplano estepario quedó trocado en pradera alfombrada de flores.



FRUCTIDOR

Levantarse de todos los desmayos.

¡Eh, flámenes capitolinos, arúspices más deslumbrados que Tobías! ¿Cómo quedan vuestros oráculos? ¿En qué vate, sibilo, agorero y astrólogo encapuchado creemos ahora? ¿No decíais que en la frente de España estaba escrito desde la eternidad el «Nulla est redemptio» apocalíptico, el «Lasciate ogni speranza» avernal? Pues está claro que no veis más allá de vuestra trompa y que cualquiera Mme de Thébes del Albaicín dice la buenaventura mejor que vosotros. Por el inmenso amor de los hortícolas que laboraron en el presente sin desesperar del porvenir, el germen depositado en el gremio de Rea no lo devoró la oruga, sino que echó hondas raíces en la sombra, lanzó su antena como una flecha cada día más arriba, se cubrió de hojas como de otras tantas caras para recibir los besos del sol, se vistió de galas florales y cada rama como un brazo nos ofreció su fruto. ¿Qué más? Pues que este epitalamio que acabamos de cantar es el poema de ayer y de hoy, y volverá a ser el de mañana, será el de todos los tiempos, porque ese teatro en abreviatura es la física entera del globo y la química misma de la vida, cuyos designios no hay nadie capaz de frustrar.

FIN